SUPLEMENTO SEMANAL DE LITERATURA CIENCIAS Y BELLAS ARTES

NÚMERO 44. Madrid, 27 de Setiembre. NÚMERO 44.

SUMARIO

Idilio en la Sierra, por Salvador Rueda.—**A Madrid me vuelvo**, por Salomé Nuñez y Topete.—**Pájaros y nubes**, por Jaime Martí y Miquel.—**Casas para obreros**, por Gil Barrasa.—**El cuadro de Santa Isabel, de Murillo** (exposicion del Ayuntamiento de Sevilla).—**Las horas madrileñas**, por Alfonso Perez Nieva.—**El tio Maroma en la Academia**, por M. Ossorio y Bernard.—**Cosas de Madrid**, por Miguel Mendez Alvarez.—**Desde el Boulevard**, por R. Blasco.—**Una historieta vieja**, por Calixto Ballesteros.—**Carta semanal de Lóndres**, por B. de Oya.—**Libros nuevos.**

IDILIO EN LA SIERRA

NOVELA ANDALUZA

XXII.

LAS CITAS

¡Musa del donaire que dió vida á la novela picaresca del siglo de oro de nuestra literatura; regocijada musa que derramaste tu españolismo en las páginas de los ingenios de pasadas épocas; tú que tienes la tez morena de una malagueña, el andar gallardo y aéreo de una sevillana, el noble abolengo andaluz de una cordobesa, las arracadas y los aladares llenos de flores de una valenciana; tú que no conoces ni por el forro á la maciza gallega, ubérrima mujer, nacida no para la gracia, sino para *madre*; que gustas de la reja y de la serenata; que te pones jazmines en el pelo, mantilla en el busto gracioso, gitanescas guarniciones en la falda, y llevas hecho el vestido con los colores de nuestra bandera; tú que sabes de memoria las sabrosas leyendas populares, el cuento lleno de intencion, el chiste armado de saeta, el refran oliendo á ancianidad de vino jerezano; tú que figuraste en los aristocráticos galanteos del siglo de Ramon de la Cruz y de Goya; que tienes en tu abanico de concha y plumas versos de Quevedo, de Góngora, de Cervantes y de Lope de Vega; que representas una nacionalidad y posees todos sus explendores y gracias, derrama tu inspiracion en mi pluma y haz que pinte con vivo color las escenas de este capítulo, ya que ha llegado la hora de la primera cita y es la media noche por el filo!

¡Oh amor, que enredas como cerezas los corazones, y luego con tirar de una sola se van todas tras de tí! Goza en tu triunfo y observa como don Rufo Viceversa, hombre ya lejos de los ímpetus de la pasion pero sacado tambien de quicio por Mercedes, consulta, metido en su cuarto, la esfera del reloj, se descalza sin reparar en que sus años ya no están para andar en pié de media, y silencioso como un aparecido sale palpando las paredes en busca de cosa más dulce que tocar, y toma la direccion del cuarto de la cita.

Dále al hombre el corazon violentísimos redobles, y en la oscuridad, á causa de la congestion amorosa, cree ver á modo de rojas musarañas.

¡Quién le diera á su esposa doña Casta Butron de Viceversa, acostada en el lecho conyugal allá en su tranquilo hogar de Sevilla y durmiendo á pierna suelta, ver las dos vacilantes y temblorosas del marido, puesto á la pista de una aventura, en tanto que ella reza porque, ya que salió de caza á los montes el esposo, Dios le conceda buena puntería!

A caza de su objeto iba por el oscuro pasillo adelante el adúltero, queriendo, porque produjese menos ruido, parar el sístole y el diástole de un corazon tan ingrato á su esposa. Antójansele huéspedes los dedos, escucha, toca con ambas manos el muro, indaga los ruidos que vienen de fuera, y persuadido de que nadie observa, echa un temeroso paso más en su camino.

De tiempo en cuando párase á llenar el pecho con una gran aspiracion de felicidad. Sus arterias son un torrente de glóbulos rojos que se atropellan, se empujan, se revuelven y van cantando con ritmo exaltado y violento la cancion del amor *dulce y sabroso*, como llamó el clásico al amor cogido en el cercado ageno.

El cual amor viene á ofrecerle, no la mujer á quien espera, sino un señor de los más caracterizados de la partida, varon grave y serio, de recias muñecas que contrastan con las manos breves y finas de Viceversa y de tan sobrado vigor en el organismo como está de él falto el emocionable Viceversa.

Les había visto por la mañana Mercedes echar el pulso de sobremesa, y notó el contraste que hacian aquella patita de jilguero y aquella muñecaza que dobló como un junco la contraria.

—¡Si yo tuviera que venir á las manos con este hombre!—rezó para su coleto á raíz de haber echado el pulso el poquitacosa, admirando la palma musculosa que tuvo entre la suya.

Y á las manos iba á venir, si un milagro del cielo no hacía que aquel á quien Mercedes le había designado por compañero, no se equivocara de cuarto y no entrara en la habitacion á que ambos iban derechos.

Llegó primero el pusilánime, palpó la puerta de la habitacion, y entróse revolviendo los dedos como tentáculos en las tinieblas.

Un pisar más fuerte que el suyo y que no dudó sería el de Mercedes, oyó el pecador esposo y le dió un vuelco descompasado el corazon. ¡Ya estaba ella allí! ¡ya sentía su respiracion de cerca!... De pronto sonaron ambas hojas de la puerta y á continuacion chirrió una llave en la cerradura. A ambos hombres cuajóle la sangre en las venas el sobresalto. Pusiéronse á escuchar y á inquirir qué sería aquello, y oyéronse uno á otro las respiraciones, que cada cual tomó la que no era suya por la de la moza.

—Es precavida, vamos—dijéronse ambos á un tiempo—y ha querido que estemos, además de á oscuras, bajo llave.

—Bien hecho—dijo uno de los dos por lo bajo.

—¿Bien hecho qué?—contestó otro en el mismo tono.

—Lo de echar la llave.

—Pero ¿la has echado tú?

—Yo no ¿y tú?

—¡Demonio! yo tampoco.

—Entónces...

Por lado distinto al en que se susurraba este principio de sospecha, avanzó otro palpador de tinieblas, lleno de la ilusion que le trasponía de gozo, y le fosforecían los ojos en la oscuridad lo mismo que á un mochuelo.

¡El que era galan afortunado, trovador amoroso, rondador de prenda tan alta que la ponia en los mismos penoles, iba haciendo el papel de buho que no habia más que pedir!

No obstante, sonreia dulce y afable como si alguien hubiera de ver aquella risa, y giraba las luminosas retinas en medio de tu exaltacion erótica y vehemente. No llevaba andados unos quince metros, cuando abrióse sigilosamente otra puerta y con paso no sentido—todos se habian quedado en pié de media—avanzó un hastial, que no persona, tal era su estatura, en direccion contraria á la en que venia el de los ojos iluminados.

—¡Zape!—exclamó al verlo el último, tomándolo por un gato, y volvió á repetir:—¡zape, zape! Acoquinóse el de los carbunclos, volvió grupa temiendo toparse de manos á boca con alguien que no fuera Mercedes, y como al girar la cara dejó de mostrar las chispeantes retinas cargadas de brillo fosfórico, el otro siguió hasta meterse en el cuarto de la cita.

Pero el gato tenía sus cinco sentidos puestos en la pescada que pensaba comerse, y tornó sobre lo andado, dió varias manotadas en la sombra para orientarse, llegó á la puerta por donde ya había entrado el compañero, y echó el pie dentro del umbral.

—¡Zape, zape!—repitió con más insistencia el de dentro, persuadido de que aquello no podía ser más que un gato.

—Soy yo—habló quedo, por fin, el de las pupilas.

—Y ¿quién eres tú?

—¿No lo sabes?...

—¡Ah! Bien decía yo esta mañana que tus ojos eran dos soles de tanto como alumbran.

—Eso te lo decía yo á ti.

—¡A mí!... A mí no; pero ven, ven más cerca de mí.

Un ruido de hojas que se cierran y una llave que rechina siguieron al cómico diálogo.

—¿Has echado la puerta?—dijo uno con recelo.

—¿Que has echado la llave?

—Te pregunto que si has cerrado tú.

—Yo no.

—Ni yo tampoco.

—Caracoles.

Y salió otro hombre de un cuarto distante, el cual se santiguó antes de ponerse en marcha: se comprenderá por esta señal que era el sacerdote. En vez de extender los brazos como hicieron los demás, cruzó, por hábito, las manos, y rezó su *Introibo* amoroso. Luego adoptó un paso de procesion. No iba él con idea pecaminosa, ¡ca!; iba á traer la escarriada oveja al redil; le dejaría caer en el oído un silábico cuchicheo lleno de misticismo, la ungiría de amor, de dulzura, de ambrosía celestial, y despues de todos los latines y kirieleisones la dejaría más blanda que un guante y dispuesta á no pecar otra vez.

De estos propósitos iba armado el bendito padre, cuando salió de otra estancia, andando de puntillas, el avieso funcionario del Estado, el recaudador de contribuciones, que era quien tenía que habérselas con el clero.

¡Dos potencias frente á frente, dos entidades de igual valía y poder buscándose una á otra! Allí del principio de que dos fuerzas iguales cuando chocan se destruyen. Era seguro, que al persuadirse ambos de que no eran varon y hembra, sino antes ejemplares de un mismo género en la especie bimana, no iban á quedar, como suele decirse, ni los rabos.

Entró primero en la habitacion, que era el número dos, el símbolo del incienso y la plegaria; y apenas asomó la nariz á la misma estancia el recaudador, como hombre de buena nariz que era, venteó allí algo de sacristía: era que llegó á su sentido el leve aroma de iglesia que lleva consigo todo ser dedicado al santo servicio del Señor.

La misma operacion de hojas de puerta y de cerradura oyeron aterrados ambos, no bien estuvieron cerca uno de otro.

—¿Por qué cierras?—preguntó, por lo bajo, con voz mística y pura como venida de biblias y misales el pastor que quería poner bajo su cayado la oveja.—Puerta cerrada, sospechas inspira.

—No he tocado á la llave, más bien habras sido tú.

—¿Yo? ¿no sientes lo lejos que estoy de la puerta?

—Entonces ¿quién ha echado esa llave?

—¿Seremos presa de alguna infamia? ¡cómo esta el mundo hija mia!

—¿Cómo hija mia? ¿á quién le estas diciendo hija mia?

—¿A quién se lo he de decir? á tí, rosa de Jericó.

¡Rosa de Jericó á un recaudador de contribuciones!

—Aproximate—siguió diciendo el místico—ven á mi, fuente sellada, huerto de Jethsemaní, *turris ebúrnea:* yo te diré los gozos más suaves que sepa, los salmos más...

—¡Para gozos estoy yo con la sospecha que tengo encima!—dijo, de veras en ascuas, el comisionado.

—Aproximate esposa celestial, torre de David, casta paloma.

Por lo visto iba á encajarle toda la resplandeciente sarta de hipérboles sagradas.

¡Y todo á un comisionado de apremios!

El empleado del gobierno, en vista de lo que pasaba allí, tomó, por lo pronto, la precaucion de pegar la espalda á la pared.

Un pisar más desordenado que los anteriores dejóse oir á lo lejos y entonces el cura rompió el collar de elogios místicos por la cuenta del *domus aurea.*

Quien venía tambien al olor de la carne á encerrarse en el cuarto que se le designó para entrevista, era el infeliz reumático, especie de costal de ácido úrico, el cual, con los cascos á la jineta, arrastraba su persona por aquellos pasillos, gateando unas veces y otras andando algunos pasos en equilibrio. A aquella misma habitacion debia acudir el abogado tartamudo, á quien sobraba de ligereza en los músculos lo que de claridad faltaba á su lengua.

El Ciceron con intermitencias, el Demóstenes atragantado, recogió antes de salir de su cuarto toda la elocuencia que pudo, y encaminose al punto de la cita. Llenaba unas ganas feroces de abrazar, de cojer entre sus manos un cuerpo en el cual pudiera desatar su cariño.

Ya estaba el costal de ácido sintiendo molestia hasta de las moléculas del aire, cuando llegó el tartamudo y entróse de rondon, sin nada de vacilaciones, en la estancia.

—No llegues de pronto—rezó bajito el que esperaba, poniendo las manos á guísa de defensa.

—¡Qué pudorosa, qué casta!—reflexionó con dilectacion el aludido.

—Espera que pase un momento, yo me acercaré á tí.

—¿Qué?

—Que yo llegaré hasta tí.

—Ha... ha... bla... más... más... claro... mu... mu... mujer.

—¿Cómo mujer?...

La puerta dió un golpe con ambas hojas, giró á regañadientes la llave y los dos hombres llevaron el consiguiente sobresalto.

—¿Quién... ha... echa... do... la... la... llave?

—Tú habrás sido; el miedo no te deja hablar; tranquilízate, mujer.

El abogado dió un brinco, diciendo:

—¿Cómo... mu... mu... mu... mujer? ¿A ver, quién... ha... hay... en... este cuarto?

Y sacó un fósforo para hacer la luz y jugarse el todo por el todo, Pero se determinó á no hacerlo, porque fuera sintió pasos precipitados, frases pronunciadas á media voz por alguien que refunfuñaba cóleras y amenazas. Era Francisco, que puesto toda la noche en un pié, porque varias veces había oido campanas sin saber dónde, bufaba de ira en la idea de que todos aquellos tejemanejes. de que aquellas idas y venidas del coro al caño y del caño al coro, tuviesen algo que ver con su novia.

Pasó como si soltara en vez de palabras pedruscos, y no pudo notar un bulto que se pegaba en un rincon del pasillo. Aquel bulto era Mercedes, que cuando veia, ó calculaba por los pasos que una *pareja* se hallaba en el *nido*, se deslizaba hácia la puerta con pisada de gato y echaba la llave, metiéndosela luego en el bolsillo. ¡A ella la habian humillado, pero tenian los del enredo que sudar gotas de sangre á sus manos!

No le dió compasion á Mercedes ver á su novio, desvelado y triste, escudriñar hasta los átomos del viento por ella: una ofensa á su honor no la perdonaba aquella mujer, así es que sintió de nuevo ira terrible, ira tremenda de que aquel bobalicon se hubiera atrevido á dudar de su entereza.

Perdióse á lo lejos Jaraga, y nuevos pasos percibió el oido en la distancia. Había llegado la hora de verse, ó mejor, de tocarse, los dos enemigos políticos dentro de una sola trampa.

Empujó con imperio la puerta, cuando hubo llegado cerca de ella, uno de ámbos ex-alcaldes, como aquel que está acostumbrado á que cedan las cosas á su mando; y apenas rebuscó entre la sombra, con actitudes de policía, si hallaba alguien que le estuviese esperando, con más altivez, con más imperio, con mayor autoridad si cabe empujó la puerta el otro ex-alcalde y entró como Pedro por su casa.

¡Los dos jefes de opuestos bandos que se habian bombardeado mil veces de palabra, arrojándose al rostro los más duros improperios, iban á decirse ternezas, iban á darse un abrazo amoroso, sin sospechar que sería caricia de lobo á lobo, zarpada de pantera á pantera!

—Por fin voy á verme á tu lado. ¡Cuánto tiempo lo deseé—exclamó, sin voz, el más liberal, quien habia jurado cien veces que jamás estaría al lado de su enemigo.

—Té dije y supliqué en vano que vinieras á mí, que te pusieras del lado mio, y por fin rindes esta noche la bandera. Ya sabía yo que con el tiempo teníamos que ser ambos uña y carne.

—En el cariño será, porque en otra cosa ya sabes mi independencia y cómo las gasto.

¿Qué habia de saber cómo las gastaba, si el que oía estaba en la creencia de que era la moza la que le replicaba.?

—Ya sé—contestó en esa creencia—que tienes un carácter enérgico, que no das tu brazo á torcer, que se las mantienes tiesas á todo el mnndo; pero á mi—añadió con vanidad el sujeto—no hay quien se me resista. ¿Verdad? Dímelo cerca con tu boquita.

—Y ¿quién va á resistir á esos ojos y á ese cuerpo—expuso el interlocutor creyendo á su vez que le hablaba á Mercedes—si sería capaz hasta de vender la vara á mi enemigo por pasarme á tí con armas y bagajes?

—¿La vara?... ¿que vará? Esa le consta á todo á todo el mundo que no la empuña más que yo: solo por ser tu quien eres, te la pondría un momento en la mano.

—Yo no empuño más vara que la mia.

Mercedes repitió al llegar el diálogo á este punto la misma operacion de puerta anterior, que hizo el efecto á ambos hombres de si se hubiera tratado de un golpe político.

—¡Eh! ¿qué es esto? ¿quién cierra? ¿quién anda ahí? ¿á ver?—exclamó atropellándose el que no empuñaba más vara que la suya, y se lanzó á la que él creia Mercedes, diciendo:

—No me gustan las encerronas ni los misterios, niña mia; deja las hojas de par en par y acércate á mí lado.

—¿Niña mia?... Quiero convercerte de que yerras.

Pegó un grito el que habia de adquirir la conviccion al sentir la mano áspera y fuerte que le agarraba, mano que no permitia dudar era de varon y este grito fué uno más, que se unió á las disputas que comenzábanse á oir dentro de los cuartos, donde ya habia muchas más parejas, pues el alba venia clareando por el mar cuando el ex-alcalde dió el tremendo grito de sospecha.

—¿Qué jaleo zerá er que hay en er cortijo?—exclamó, al levantarse, un pastor que venía en direccion de la casa para coger una sarten y empezar á hacer las migas.

—¡Abrir! ¡abrir! ¿Qué pasa aquí? ¡Que abran! ¡Eh, traer la llave! ¡Ya me las pagará esa tramoyista!—eran las voces que se oian salir de muchos puntos de la casa.

Cuando reunió todas las llaves en un haz, Mercedes se tendió á la larga en el lecho, no para dormir á buen seguro, sino para reir con más descanso y mayor comodidad. ¡Habia llegado la suya! ¡Su venganza se habia realizado!

Esperaria, para dar suelta á los presos, á que se levantara don Leopoldo, y á la vista de él y de Jaraga, largaría al suelo los dos largos kilos de hierro en forma de llaves, para que vieran de lo que era capaz una mujer cuando se veía ofendida en su orgullo.

—¡Eh! ¿No oye, tú?—dijo Jaraga dando con los nudillos en la puerta del cuarto de Mercedes.—¿Zabe tú onde etán las llave de loz cuarto? Tóo er mundo etá encerrao y dizen que ha zío tú. Er zeñorito dice que te levantes.

—Dile ar zeñorito que ya voy. Y tú etate ahi al lao..... *por zi arguien viene á yevame.*

Mordióse los labios Francisco, porque calculó de pronto todo lo que había hecho aquella mujer, coger en el garlito á los que pensaban cogerla á élla, trasquilar á los que querian ir por lana, hacer morir por la boca á tanto *pez* como andaba rondando su persona.

Jaraga se vió infinitamente mezquino al considerar que él habia dudado de mujer que se defendía de tal modo y que ganaba las guerrillas con tal brío.

—Cualsiquíá se equivoca me paje á mí—contestó Francisco á las intencionadas frases de la moza, queriendo enmendar su yerro.

—Tamien le quea luego ar que se equivoca er consuelo de cantá la gayina.

Como si fuera la broma todo un combate, oíanse broncas detonaciones dadas en las puertas de los cuartos, lamentos de desesperacion de los que querian salir para ejecutar su venganza, gritos de los que pedian auxilio, porque algunos vinieron á las manos al verse corridos de tal modo.

Mercedes entretanto reía á más no poder, se retorcía de gozo en el lecho, y cada vez que oía una voz, un grito de socorro, quedábase traspuesta de una carcajada.

Abrió por fin la puerta de su cuarto cuando el sol venia ya á alumbrar aquel triunfo de su valer, y tropezóse con don Leopoldo que iba á gestionar cerca de ella si daba orden de que se pusieran en libertad los presos.

Dijo Mercedes que antes tenía que hacer oir unas palabritas á aquel calzonazos de su novio, y quería hacérselas saber delante del dueño de la casa.

—Lo que has hecho con esos hombres, Mercedes—dijo entre cómico y grave don Leopoldo—te eleva á cien pies más de lo que estabas á mis ojos, y me obliga á decirte lo siguiente: que desde hoy ganas doble de sueldo en mi casa, y quedas admitida á perpetuidad en ella. Cuanto á las palabritas que ibas á decir á este mozo, yo se las diré. Tú, Francisco—repuso,—que no se te vuelva á ocurrir dudar de una mujer como esta, que estaba por decir no te la mereces. Desde hoy quedas tambien admitido por el tiempo que quieras en mi casa; en ella tendrás un sueldo seguro.

—Que co un cariño mu grande ofreco á Mercede, señorito, prometiendo no gorvé á duar de eyá.

—No es mal regalo de boda—añadió mi amigo.—Y porque yo se lo ruego, va á hacer Mercedes el favor de decir que acepta ese regalo.

—Por que uzté lo pie, no porque lo quiera este mal gachí—(y lo miraba con ojos que desmentian sus palabras),—es por lo que armito la fineza.—Y allá vá tambien mi regalo de boa,—añadió arrojando el mazo de llaves en el suelo.

El sublime rasgo de la mujer arrancó dos gruesas lágrimas de los ojos de Francisco, y mi amigo quedó estupefacto ante aquel portento de virtud.

—Pocas mujeres pueden hacer en la vida un regalo semejante,—le dijo.

—Que abran á ezos infelize que eztan en la trampa, no ze loz vayan á comé loz ratone,—exclamó Mercedes sin poner oido al elogio.

Fuese á dar libertad á los presos Francisco, y don Leopoldo, entusiasmado ante mujer tan estupendamente sublime, le dijo:

—Los amigos mios que hay en esta casa, han lastimado un poco tu orgullo y han tratado de ver si daban al traste con tu virtud; pero te respondo de que te han de dar una satisfaccion cumplida, de la cual no quedarás quejosa. ¿Tú quieres á Francisco? ¿lo quieres para casarte con él?

Juraría, yo que escuché aquella respuesta, que en los ojos de Mercedes, al decir *sí*, habia como una levísima humedad de lágrimas.

—Pues si es asi, me declaro padrino de vuestra boda; tengo un plan que ya lo sabrás.

Soñando con lo que sería aquel plan, estuvo Mercedes toda la mañana, hasta que vió que se trataba de lo que diré al empezar el siguiente capítulo.

(Se continuará)

SALVADOR RUEDA.

A MADRID ME VUELVO

Los que se aferran en buscar otro sol menos tórrido que el de Madrid y deciden, cueste lo que cueste, ausentarse durante el verano, empiezan por exclamar: «salga el sol por Antequera,» y concluyen por quedarse á la luna de Valencia.

Suma y sigue:

Sale de aquí una familia que podrá no gozar de otros bienes, pero que cuenta con el principalísimo de la salud, y la pierde porque quiere; porque es elegante no disfrutar de ella mientras dure el verano.

—Nos vamos á Biarritz por razones de salud—dicen.

Y este giro sabido es que se emplea cuando precisamente la salud no se aviene á razones.

Pero al fin consiguen perderla; esten ó no indicadas, toman aguas que suelen hacerles el efecto de un veneno... Oyen y obedecen á médicos que apenas conocen su naturaleza, y desoyen lo que opinara el que los asiste siempre. Y sucede que mientras el doctor de cualquier balneario receta á sus enfermos que no se bañen en el mar, el Galeno de la playa opina que deben zambullirse.

Y comenzando por exclamar: «¡Cómo me han revuelto las aguas!», concluyen por revolver medio mundo en busca de alivio á bastantes males...

¡Véase la clase: granos de diversa índole, catarros de distinto carácter, reumatismos mas ó menos agudos ó inflamatorios, neuralgias agudas ó agudísimas é insolaciones de mayor ó menor cuantía.

Cónste que la mayoría de las mujeres, naden ó no, jamás se mojan la cabeza. Esto lo cometen por *mor* del físico, es decir, del bien parecer.

¡Ilustrados facultativos que leais estas líneas, juzgad ese detalle y compadeced tanta presuncion! ¡Perdonadlas, porque no saben lo que se hacen!

Ello es que los médicos no se dan punto de reposo; porque los *atacados de imprudencias* son muchos.

El número de indigestiones es incalculable; se obstinan en comer todo lo que pagan, y crean ustedes que esto les suele *costar muy caro*...

***

Diálogos tomados al vuelo:

—Mujer, ¿qué tienes? ¿Por qué llevas anteojos verdes?

—Ay, hija, dejé tan contenta á Madrid, que durante el viaje apenas he cesado de asomarme á la venta del coche; y, claro está, cuanto carbon despidió la máquina debió entrarme en los ojos, y esto es causa de que llegara aquí fatal de la vista.

—¿Qué especialista te asiste?

—Uno muy famoso que por cada visita lleva un ojo de la cara; pero ya conoces á mi madre, paga con gusto un *louis* diario con tal de poderlo decir luego en la *terrasse* del casino cuando todos la oigan.

***

—¿Por qué cojea usted, D. Manuel?

—¡Calle usted, hombre, calle usted... ¿Por qué ha de ser?; porque mi mujer se obstinó en que me calzara un zapatero de Bayona, y el pícaro me ha destrozado estos pobres piés, tan mimaditos por el mío de Madrid, que me hace un calzado comodísimo. ¡Pero en vista de que, según mi costilla, el español *no es elegante*, encargué al *franchute* unos zapatos de piel clara, que comen más que un lobo, pues hay que darles limon, tomate, manteca y qué sé yo cuántos ingredientes más para que tomen un tinte especial, muy oscuro... Y las más de las veces soy yo quien hago esa operacion, ó si no, mi mujer ó mis hijas; y luego, en desquite, vamos á la playa á darnos lustre nosotros... ¡después de habérselo dado á los zapatos!

—Nada más lógico...

***

—¿Está usted asmática, condesa?

—Aquí, siempre. Convendrá usted conmigo en que estas calles de Biarritz se han hecho para cabras, no para mujeres. Desde que me levanto no hago más que subir cuestas, así es que cuando *subo* á la cama me parece que subo al cielo.

—Y ¿por qué anda usted tanto?

—Porque mis hijas no tienen lástima de mí y me traen y llevan como á un zarandillo. Del *Port-Vienx*, donde se bañan, vamos al banco de la plaza de la *Mairie*, ¡que es para mí el de la paciencia! Y en ese banco se cambia, no papel moneda, sino papel de seda por el de estraza, pues los *papeles* más finos suelen allí quedar convertidos en los más toscos... ¡Tambien se hipotecan muchas honras, y á tan crecido interés que es imposible recuperarlas luego! Desde ese famoso sitio vamos á almorzar; luego recibimos gente, ó procuramos que la gente nos reciba... Más tarde la emprendemos hácia Bayona, y después, ántes de regresar á casa, nos sentamos otra vez en el banco, que abandonamos para ir á comer; y... ¡de nueve á una de la noche, me tiene usted en el Casino! ¡Y luego dicen mis hijas que hemos venido á descansar!...

—Es un colmo... ¡Un colmo verdaderamente envidiable en esta época del año, porque es el colmo de la frescura!

***

—¡Mucha sed tiene usted, general!

—¡No he de tenerla, si no ceso de beber vino, porque el agua ésta es imbebible! Prefiero mil veces todas las contingencias de la guerra, á éstas de la elegancia... Aquí me tiene usted sin agua, sin alimentos á mi gusto, con una humedad que cala hasta los huesos, y sin entender apenas el francés... ¡Todo porque mi doña Perpétua, ¡que ojalá fuera doña Tránsito!, dice que esto esto es elegante!

***

—¿Sabes que Elisita pescó...

—¿Un buen novio?

—No; un reuma, que por las trazas ha de darla mucho que sufrir... Pero ella es tan nécia, que de fijo dará por bien empleados esos dolores con tal de poder decir que los adquirió aquí, en esta incomparable playa.

***

—¿La familia buena, Emilio?

—Enfermos todos; pero guarde usted la mayor reserva sobre esto; porque mamá no quiere que llegue tal noticia á oidos de mi padre, que está en Madrid.

—¿Y qué objeto se lleva su madre de usted al faltar así á la verdad?

—Como se fingió que el médico habia dicho que estos aires convenian mucho á mis hermanas, que habian padecido intermitentes en Madrid y aquí no se han repuesto, resulta que si él lo sabe se enfadará, se saldrá con la suya y ellas saldrán de aquí.

***

—Maria, ¿á dónde vas tan de prisa y tan sofocada?

—Hija, en busca de la cocinera número cuatro, y llevo aquí quince dias. Yo creí que ese gremio estaba en Madrid mas maleado que en parte alguna; pero veo que está áqui peor... Y las pícaras, con su aparente amabilidad, engañan que es un contento. A todo me dicen *s'il vous plait*; pero resulta que, tanto *si plait* como si no *plait*, ellas hacen su *non sancta* voluntad; sisan que es un placer... para ellas, y nos matan de hambre. Esto, sin duda es causa de que hayamos perdido el estómago...

—En Madrid lo encontrarás.

—¡Cuándo me encontraré en Madrid!

—Cuando quieras, criatura; con tomar hoy mismo el tren, mañana estás allí.

—¡Eso se dice mas pronto que se hace, y lo dices tú que no te llevas de esas cosas; pero si yo dijera á mi marido y á mis hermanas que me quería ir y que era capaz de regresar á Madrid en agosto, me mandaban á... cualquier parte, á

Ministerio de Cultura

un manicomio, por lo menos. ¿No comprendes que nos exponíamos á cometer el delito de menospreciar el *cachet* de este pueblo, y á ser juzgados cursis ó pobres...?

***

—¿Pero chico, vives en la calle?

—Dices bien; y es más, una de estas noches tendrás noticia de que habré decidido pasarlas al raso y dormir en cualquier banco de esos: la habitacion que tengo es un cuchitril inhabitable, y si permanezco en él mucho tiempo, enfermaré, no lo dudes.

—El remedio es bien sencillo, múdate.

—Dame dinero para pagar el tal hospedaje, y verás qué pronto lo dejo.

—Y si no puedes gastar, ¿por qué sales de tu casa...?

—Porque... ya sabes el lema de los madrileños: «¿*A dónde vás Vicente?—A donde vá la gente.*»

Y esto te probará que todo lo sacrificamos por seguirnos.

—¡O por perseguirnos!

—Dices bien; pero no hay remedio; ¡así vivimos!...

—¡Y así morimos!

***

—¿Qué tiene Matildita que está tan pálida?

—Qué ha de tener—responde su madre,—que la saqué de Madrid para que descansara del torbellino de bailes en que ha vivido: y resulta que sigue aquí haciendo la misma vida, bailoteando sin cesar. ¡Creen estas niñas que con zambullirse en el mar ya han cumplido, y no comprenden que para ellas nada sirven, que cualquier actividad las estropea y que tanto brincar en el Casino hasta la una de la madrugada es lo mejor que pueden hacer para despedirse de la poca frescura con que cuentan!... ¡Se llaman presumidas porque pasan horas y horas arreglándose los rizos que caen sobre la frente, que en jerga elegante se llaman *chufines*, y no se fijan en que nada las afea tanto como este frenesí de diversiones!

—Pero, mamá—dice la niña,—si todas van, ¿por qué no he de ir yo?

—¡Todas van, todas van!... ¿Pero á que ninguna va por ti al cementerio, si el jaco en que te traen acaba contigo?...

***

—¿Está usted anémico, D. Tadeo?

—No lo estoy, ¡pero lo estaré!

—¿Cómo es eso?

—Empeñándose el médico en que debo darme baños de mar en tina; *bains chauds*, como dicen ellos; y tan *chauds* que, de seguir tomándolos, se me figura que la tina va á ser mi nicho... Y si me resisto y hablo de volver cuanto antes á Madrid á consultar con nuestro buen doctor, mi mujer se enfurece y dice que la medicina, como todo en España, está todavía en pañales. ¡Amigo mío, no se case usted; porque si desatiende el *erre que erre* de su mujer, hace usted de su hogar un infierno; y si lo atiende, entonces merecerá, como merezco yo, que su mujer le diga: *¡Arre, arre!*...; será usted un bestia!...

***

—Me han asegurado que Gasparito está cojo.

—Sí; se encaprichó en ejercer de inglés á toda costa, y hacer ver que nadie jugaba al *lawn-tennis* como él: empeñóse en lucirse, á pesar de no ser ducho en el *arte* y, lo que es consiguiente, no salía una vez que *no metiera la pata;* y acabó por torcerse una de *ellas*.

—Es decir, que en vez de jugar sirvió de juguete...

—Justamente; pero como cae á *la inglesa*, cada tropezon se le figura un hecho glorioso.

—Vamos, que esos *tipos* caen de un nido.

—¡Y lo peor es que para esos golpes no hay árnica que baste!

—Basta un buen porrazo á... la española, créeme.

***

—¡Qué médico! ¡Es una notabilidad! En los años que «he cursado de vivo» no he conocido eminencia igual. ¿Qué cree usted que ha recetado á mi hija?

—Usted dirá...

—Que necesita bañarse en el mar, andar, bailar y dormir bien, que no la contrarien en lo más mínimo, ni le nieguen sendos tragos de buen vino de Burdeos.

—¡Otro Pangloss!

***

—¿Qué tiene D. Tomás que va tan sofocado?

—Un calor atroz, y un arrepentimiento más atroz todavía, de haber dejado á Madrid, donde, segun me escriben, hace más fresco que aquí... ¡A cualquier cosa llaman ustedes veranear! ¡Si esto es huir de la canícula, venga Dios y vealo!

***

Como se acercaran unas cuantas *ellas* con sus correspondientes *ellos*, é hicieran y dijesen todos más bobérias de las acostumbradas, un andaluz muy socarron que las observaba, dijo á un su amigo:

—Compañero, eza gente lo ha perdío too.

—Al contrario, tienen de todo: salud, alegría y dinero.

—Pué repito que eztán en la mizeria...

—¿Por qué, hombre, por qué?

—¡Porque han perdío la naturaliá!...

—Pues entonces, todos los españoles, ó casi todos, por lo menos, de los que vienen á Biarritz, están en el mismo caso.

—Pué lo que yo decía: *¡mizeria, mizerias* humanas!

***

Ese señor que está ahí sentado, empeñóse en que *un médico británico* habia de curarle una enfermedad imaginaria que ninguno de los médicos españoles habia entendido; y como él no entendía el inglés, equivocó el diagnóstico, y poco faltó para que tomara el tole hacia el otro mundo.

—¡La manía del español; que estando bueno, quiso estar mejor!

—Casi todos ellos pertenecen á esa parte de la humanidad que está pidiendo á gritos ser engañada!

***

Cuando este humildísimo artículo se publique, la mayoría de los veraneantes habrán vuelto ya.

Y como es notorio que muchos de ellos han renegado mucho de Madrid en el extranjero, es de sentir que Madrid no pueda volverles la espalda cuando, faltos de salud y dinero, digan:

«¡A Madrid me vuelvo!»

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE.

PÁJAROS Y NUBES

(VICTOR HUGO)

Vírgenes del zénit, opacas nubes,
aves, hijas del viento, lindas aves,
blancuras por el alba saludadas
que miran de las aguas los cristales;
á quienes Eva saludó primero,
por quien el Dios temido, en un instante
hizo este abismo claridad celeste,
hizo estas alas, libertad amable;
vosotras á las que, desde esta sima,
vemos al misterioso cielo alzarse,
que os olvidais de Roma, por los muchos
hormigueros que os da el frondoso valle;
vosotras que abrevais en el rocío
que brilla entre las sombras impalpables;
pájaros que salís de oscuros nidos,
nubes que abortan los floridos cálices·
hablad, pues, para un vuelo ilimitado
alegre el dia renacer os hace.
Vosotras que cruzais el éter puro
en sus más misteriosas claridades,
que veis el monte austero, y la mañana,
y el crepúsculo oscuro de la tarde,
y eternas viajeras del espacio,
la tierra veis y los profundos mares;
¿Qué se dice en la noche silenciosa,
y qué en la claridad que el sol esparce,
de esta vergüenza humana que rastrea
bajo la inmensidad de azules gases?

JAIME MARTI-MIQUEL.

CASAS PARA OBREROS

Y

SOLUCION DE LA CRÍSIS OBRERA EN MADRID.

Hé ahí dos grandes problemas que con frecuencia vemos resueltos de *palabra y por escrito*.

Unas veces D. Segismundo Moret y Prendergast ó D. Fermin Hernandez Iglesias y otros no ménos ilustres personajes, en conferencias deleitables, no solo por su hermosa palabra, sino tambien por los ejemplos que nos citan del extranjero; otras veces glorias de la ciencia médica como D. Angel Pulido con sus cartas en *El Liberal*; y otras, en fin, personas del cuerpo de Ingenieros como D. José Bona, en sus folletos y hojas literarias, nos recuerdan á una voz:

1.° Que los habitantes de Madrid nos morimos ántes de tiempo por falta de aire sano respirable. 2.° Que pueden y deben hacerse casas buenas y baratas, donde la clase obrera no viva hacinada y aspire á ser, por el ahorro, dueña de la casa que habita. Y 3.° Que de este modo puede ser conjurada la crísis obrera en Madrid, porque para todos habrá trabajo en abundancia:

Muy bien nos parece esto, expuesto así en *números redondos*, como diria un comerciante, es decir, teóricamente, con el auxilio de una buena oratoria ó de una bien cortada pluma.

Pero más positivistas nosotros para estas cosas de tanto interés, no nos dejamos seducir por cantos de sirena, y aleccionados por la esperiencia, vamos á ver *lo práctico* de los proyectos.

Fuera del que á grandes rasgos acaba de darnos á conocer el Ayuntamiento, y que no hemos de discutir aquí, porque sobre que ciertas cosas municipales dan muchas treguas, á juzgar por el modo cómo han de ser adquiridos los terrenos y los capitales, por medio de loterías, que nos hacen recordar las celebradas para la proyectada Exposicion universal, allá para mediados del siglo que viene, tal vez sea oportuno hablar de ese proyecto; fuera de él, decimos, solo uno hemos visto, en la hoja literaria de uno de los últimos domingos, que, en frente de otro de cierta sociedad sin pretensiones, pero de utilidad para Madrid, apunte algunas ideas concretas sobre la materia. Ellas van á ser objeto de este trabajo.

***

Estamos enteramente conformes con D. Segismundo Moret, D. Fermin Hernandez Iglesias, D. Angel Pulido, D. José Bona y tantos otros en que Madrid *en general*, no la clase obrera solamente, necesita vivir *de otro modo distinto del que vive*; y tambien estamos conformes en que habiendo obras se conjuran las crísis de esta clase.

Pero vamos á ver lo que ese proyecto, único en frente del de la sociedad de que al final hablaremos, propone para conseguir lo primero y con lo cual se obtiene lo segundo.

¡Ensanchar Madrid dándole *un barrio más*, de 16 kilómetros, desde aquí al Pardo y más allá, y *cercenar* el Retiro para *hacer* Retiro por la parte E. del mismo! Esta es en sustancia la idea concreta del trabajo literario de D. José Bona.

No parece sino que dentro del ensanche de Madrid no quedan ya terrenos donde hacer viviendas para todas las clases sociales, por la parte de los barrios de Salamanca y Plaza de Toros, Pozas y Argüelles, Tetuan y Chamberí, los Cuatro Caminos y las Delicias; ó qué dentro del mismo Madrid no hay grandísimos locales y caserones ruinosos que van quedando vacíos por la natural mudanza de los habitantes á lo mucho nuevo edificado de veinte años acá; aparte de que aun de eso mismo nuevo no deja de haber bastante desalquilado, que como es natural ha de ir bajando de precio.

Y olvida D. José Bona que *La Union Obrera*, de la que forma ó ha formado parte como candidato en las últimas elecciones de diputados á Córtes, tiene dados sus manifiestos y presentadas sus exposiciones á los poderes públicos en el sentido, sino recordamos mal, de obligar á todo propietario, sin contemplacion, á derribar el medio Madrid ruinoso para ensancharle y *poblar* así la zona de ensanche, edificando en ella y en el centro esas casas buenas que todos necesitamos.

Tambien parece, al leer ese proyecto, que nuestras costumbres son *ya* las de esos obreros de todas clases que en otros países se trasladan diariamente á grandes distancias para cumplir sus deberes, auxiliados de muchos y muy baratos trenes ó tranvías y demás medios de locomocion, cuando aquí, sea por la falta de trenes y tranvías, sea á causa de las costumbres, apenas hay empleados de los ferro-carriles del Norte y Mediodía que vivan en Pozuelo y las Rozas, Vallecas, Getafe ó Villaverde, y eso que pueden hacer gratis su viaje.

A los tranvías tampoco les ha impuesto el Municipio, como debiera, al darles la concesion, esos viajes económicos á ciertas horas de la madrugada, medio dia y anochecido, para que las clases trabajadoras se trasladasen fácilmente á Carabanchel, el Pacífico, la Guindalera ó los Cuatro Caminos.

Pero aunque esa facilidad existiese, es tal nuestra costumbre de *vivir apiñados en el centro*, que generalmente el obrero prefiere habitar la boardilla ó el sótano, en el patio ó corredor de la casa de vecindad de Lavapiés ó las Peñuelas y el barrio de la Morería ó de Segovia y Toledo ántes á vivir en esos lados extremos de Madrid; de igual modo que es costumbre en el empleado ó el cesante y el industrial, vivir en casas de los portales de la calle de Toledo y Cuchilleros ú otras cuyas entradas y escaleras, lo mismo que las habitaciones son perversas, con tal de estar cerca de la oficina ó taller y todos los centros, en vez de trasladarse á puntos por la parte nueva de Pozas ó Chamberí y otros.

Esto demuestra que lo que Madrid necesita no es *un barrio más*, sino las reformas que *La Union Obrera* pide á los poderes públicos para *meter la piqueta* en todo lo viejo y hacer cercar tanto solar como hay que espera *subidas ya imposibles*. Por ese medio vendria la edificacion barata, si es que el autor del proyecto ha encontrado el modo de abaratar los materiales y mano de obra, porque no todo consiste en los solares; tambien necesita Madrid ver variadas sus costumbres.

Esto expuesto á grandes rasgos, ocupémonos ahora al pormenor del proyecto en que D. José Bona emplea su trabajo y actividad.

***

Supongamos cortado ya el Retiro como propone, prescindiendo del destrozo de arbolado porque tanto nos afanamos, y sin que sirva decir que le ampliaríamos por otros lados, porque el árbol no se improvisa y... sabe Dios aquí donde tan fácilmente mudamos de gobernantes, todos innovadores de lo que hizo su antecesor, aparte tambien del inconveniente que el autor del proyecto reconoce en cuanto al *aunamiento* de voluntades que seria preciso para lograr la compraventa de terrenos sustituibles, tal vez no tan baratos como cree, y aparte las quejas de los que han edificado en las calles de Alcalá y Alfonso XII con vistas al Retiro, que se llamarian á engaño con razon; supongamos, decimos, cortado ya el Retiro ¿para qué clase de edificacion seria? ¿Cree que las clases pudientes no tienen ya sobrado sitio donde vivir ó edificar todavía, precisamente *bien cerca de ese lado?* ¿Haria allí sus casas baratas? ¿Por qué no hacerlas en los solares próximos? ¿O es que allí, como terrenos del Ayuntamiento cuyas larguezas nos recuerda el abono de la expropiacion de lo que fué cuartel de San Mateo y otras cosas semejantes, á pesar de los grandes cálculos de produccion podrian resultar medio de valde seguros de hacer luego un buen negocio?

No podemos, pues, seguir, por aquí el proyecto; veámosle por la Montaña del Príncipe Pio.

¿Qué terrenos tiene en esa parte el Estado, la Provincia ó el municipio capaces de hacer nada de provecho, como no sea en su caso, plantaciones de arbolado que algun dia oxigenaran los pulmones de los que habitan los barrios de Argüelles y Pozas? Nosotros no conocemos más que algun que otro tejar ó sitio casi inaccesible, de particular alguno de ellos, pero que no sirven para ninguna de nuestras clases sociales, ni aun para la jornalera, *ya hemos dicho por qué;* mas aunque los hubiera y sirvieran no serian para el proyecto que presenta D. José Bona, sino para el propio Ayuntamiento, que se ha adelantado y en estos momentos gestiona la *compra* de terrenos en que construir casas para obreros, porque lo natural sería que teniéndolos no intentase comprarlos, ó de regalarlos el Estado ó la Provincia lo hiciera el Municipio con aquel fin.

Por aquí, pues, tampoco vemos más afortunado y *práctico* el proyecto que nos ocupa.

Trasladémonos ahora á la Moncloa.

¡Oh, la Moncloa! ¿Cree D. José Bona que esta, destinada á Escuela de agricultura, debe urbanizarse para los *vecinos* de Madrid, habiendo, como queda expuesto, tanto Madrid viejo y tanto ensanche sin edificar por otros lados? ¿Cree que debemos *talar* su arbolado con ese objeto, cuando soñamos con rodear de árboles la coronada villa? ¿Cree que ni siquiera el Ayuntamiento, que en su caso tiene su dehesa de Amaniel, debe vendérsele ó cedérsele lo que busca para sus casas de obreros? Y si no se le vende ó regala al Ayuntamiento, ¿cree que puede ser regalado á ninguna otra empresa un solo palmo de ese terreno?

No encontramos tampoco solucion al problema por este lado para conjurar la crísis obrera y dotar á Madrid de casas *buenas* y *baratas:* vamos, pues, al monte de El Pardo.

Ya estamos en él. ¿Y qué hacemos en este monte? *Un barrio más de Madrid* (teniendo este con los suyos) *en un pueblo limítrofe*, á siete kilómetros, dando á ese barrio una longitud de otros nueve kilómetros, suponiendo que lo empecemos en la Puerta de Hierro y le acabemos dos más allá del pueblo de El Pardo, como dice el autor del proyecto.

La idea no sería mala si esa *longitud* la convirtiéramos en una *circunferencia* y alrededor de poblado con grandes intereses creados, porque de otro modo el medio de locomocion que empleásemos ó habría de parar en todas las casas, que sería cosa divertida, ó los moradores de un extremo habrian de andar á pié el camino al otro y viceversa.

Y además, si tenemos miedo á que la corona transija cediendo una circunferencia alrededor del pueblo El Pardo, cosa que no entraña perjuicio para el monte, ¿no habremos de tenerle á que entregue la parte mejor de él, toda su ala derecha, desde Puerta de Hierro allá y dos kilómetros más lejos? Y aunque le entregase, que orden de comunicacion entre sí tendría ese *barrio*? ¿Qué aliciente encontrarian sus moradores ni como *barrio* ni como *poblacion de campo*? ¿Qué utilidad tendrian las plazas y mercados, las iglesias ó sitios de recreo y cuanto es preciso en casos semejantes?

¿No sería mejor una *poblacion modelo de campo y recreo* para la clase pudiente ó acomodada y aficionada al ahorro tomando como base el *pueblo real* del mismo Pardo, donde ya existe núcleo de poblacion con palacio y dependencias patrimoniales, iglesias, asilos, calles, plazas y paseos, empleando en *circunferencia* esa *longitud* que propone el autor del proyecto en 9 kilómetros ó más si eran precisos, sin perjudicar el resto del monte en todas direcciones, que es lo que pretende hace año y medio la sociedad formada para la *propaganda de la vida del campo*?

De este modo al ménos, andando el tiempo, se conseguiria dar á Madrid hábitos que no tiene por *falta de medios y ocasion* y estimulados por el ejemplo los que hoy tienen pereza para salir de los cuchitriles del centro y vivir en los barrios extremos ó pueblos limítrofes, acudirian á embellecerlos tambien dejando á Madrid ancho y desahogados en esos 48 metros superficiales, lo ménos, por persona, que señala D. José Bona, mal que pesará á los avaros oneños de solares y casas insalubres ó desvencijadas.

¿Y ese es el proyecto porque D. José Bona dice que se esfuerzan los *más* y al que oponen débil resistencia los *ménos* en número y desprovistos de razon, aludiendo sin duda alguna á los individuos de la sociedad para la *propaganda de la vida del campo*, de que él mismo forma parte y en su junta directiva?

En verdad que, si la afirmacion fuera cierta, no lo entenderíamos y lo decimos ingenuamente, como no fuera convencidos del *sistema en boga* que decía *El Imparcial* del 29 de agosto último, en su artículo de fondo titulado *Deficiencias sociales*, afirmando que *basta que un compañero inicie un buen pensamiento para que nadie le secunde*.

Bastaria entonces, que los iniciadores de la sociedad *Vida del campo* se encontrasen solos para convencernos de que su pensamiento es bueno, ó sino, bastara que esos iniciadores sorprendieran á don José Bona *pensando* hacia veinte años, segun él dice, en su barriada de aquí al Pardo para que él, á pesar de pertenecer á la misma sociedad, lo cual demuestra bondad de sus pensamientos, pues no es posible suponer otra cosa en D. José Bona, le niegue sus auxilios y se aferre en el pensamiento de una *barriada de aquí á El Pardo y dos kilómetros más allá*.

¡Lástima es que esos esfuerzos de imaginacion y los auxilios pecuniarios que D. José Bona estará dispuesto á sacrificar, sin duda alguna, en aras de su pensamiento, no los emplee en el pensamiento de esa sociedad!

Otro sería el resultado de sus predicaciones y de las de los Sres. Moret, Hernandez Iglesias, Pulido y tantos otros como se agitan en el vacío.

GIL BARRASA.

Madrid, setiembre, 94.

EL CUADRO «SANTA ISABEL» DE MURILLO.

Hé aquí la exposicion que el excelentísimo Ayuntamiento de Sevilla eleva al ministerio de Fomento, respondiendo á los cargos que indirectamente le dirigió en cartas publicadas en un periódico de Madrid el académico de la de San Fernando, D. Pedro de Madrazo; y repitiendo su peticion del cuadro *Santa Isabel* de Murillo, retenido por la citada Academia.

La exposicion será llevada á Madrid, al regreso de la córte, por el teniente de alcalde de Sevilla, D. Manuel Gomez Imaz, que gestionará la devolucion del antedicho cuadro.

EXCMO. SEÑOR.

Cuando en mayo del pasado año elevó la hermandad de la Santa Caridad una respetuosa exposicion á S. M. la reina regente (Q. D. G.), en demanda del cuadro de su propiedad, *Santa Isabel* de Murillo, que injustificadamente y contra todo derecho retiene la Real Academia de San Fernando, este Ayuntamiento á su vez elevó otra representacion á la misma augusta señora, en apoyo del clarísimo derecho que á la hermandad asiste, remitidas al ministerio de Fomento, por acuerdo de V. E. pasaron á la direccion de Instruccion pública para que la Real Academia de San Fernando, detentadora del famoso cuadro de Murillo, emitiera á su vez dictámen tocante á las justas reclamaciones de la hermandad. A los seis meses de pedido el informe á la docta corporacion, publicó en su *Boletin oficial* de enero de este año, un *dictámen* suscrito por el ponente, excelentísimo Sr. D. Pedro de Madrazo, contra los fundamentos de las dos exposiciones, con caracter, más de impugnacion algun tanto agresiva, que de informe mesurado y tranquilo; á este apasionado *dictámen* contestó la hermandad de la Santa Caridad, en nueva y razonada exposicion, donde se desvanecen los sofismas aducidos por la docta Academia.

Hoy el Ayuntamiento de Sevilla, por acuerdo unánime y entusiasta, tomado en cabildo del 14 de este mes de agosto, con caracter ejecutivo y urgente, acude á V. E con el doble objeto de apoyar la justa demanda del cuadro de *Santa Isabel*, reclamado por la hermandad de la Caridad, su legítima propietaria, y para rechazar las injustas apreciaciones que la Academia de San Fernando, en un dictámen más apasionado que comedido, dirige á la ilustre ciudad de Sevilla.

No ignora este Ayuntamiento, como supone el *dictámen*, los títulos de propiedad y fundamentos, que á la hermandad asisten para reclamar el cuadro, y por serles conocidos, prestóle noblemente su concurso desde el comienzo de las reclamaciones, más no era por su índole la primera exposicion propia para extenderse en minuciosos pormenores ni en ella entrar á debatir cuestiones de derecho, ó dilucidar fundamentos legales, esto había de llegar por camino derecho cuando la reclamacion pasara de las augustas manos de S. M. al ministerio de Fomento, y así en efecto aconteció, porque al *dictámen Académico* respondió la hermandad demostrando con hechos, con argumentos razonados y con principios incontrastables los fundamentos justísimos de sus reclamaciones, no ya en la exposicion, sino en el ámplio y público debate que con el ponente del *dictámen* sostiene, llevando el conocimiento á todo recto criterio de la justicia de su pretension. Ni este Ayuntamiento era, ni es, el llamado á entrar en el debate por más que conozca los fundamentos de la cuestion, porque fuera ello invadir las atribuciones de la hermandad, que dueña del cuadro, es la que litiga y la que debe exponer y razonar, á esta corporacion bástale, conocida la justa causa, prestarle su concurso y robustecer sus pretensiones uniendo su voz á la suya y prestándole la fuerza moral que en sí entraña esta exposicion, que no es acuerdo aislado de los individuos del Ayuntamiento, sino expresion fidelísima del unánime deseo de la ciudad de Sevilla, donde todas las clases se confunden en una sola aspiracion justísima, la devolucion del cuadro de Santa Isabel á su legítima propietaria; y este unánime deseo que por base reconoce un principio de estricta equidad, se acrecienta, caldea y enardece por el amor que todo buen sevillano siente, por una fundacion piadosa, que tantos beneficios reporta á la ciudad, donde parece que se albergan los sentimientos nobilísimos de este pueblo; porque entre los innumerables establecimientos debidos á la beneficencia particular aquí en número mayor que en pueblo alguno, alzase la caridad y descuella como símbolo del carácter, de la tradicion y de los sentimientos generosos de Sevilla, y en esa fundacion piadosa del insigne y venerable Mañara, ven los sevillanos de modo evidente reflejados los dos rasgos del carácter que á este pueblo dominan para honra nuestra, *la caridad* y el *amor al arte*, las dos más grandes y supremas manifestaciones del sentimiento; y si en aquel hermoso edificio, dentro de cuyas tranquilas y espaciosas estancias, parece como que el alma se esparce, recrea y borra lo amargo y acerbo de la vida, tornando el dolor en bienandanza allí donde reposan las cenizas venerables del hombre que consagró vida y hacienda al socorro del pobre desvalido, en el templo que con gallardía se alza levantado por la piedad y sostenido por la fé y amor de los sevillanos, lucen como en riquísimo museo mil objetos de arte, testimonio de nuestra cultura, y entre ellos, los lienzos del eximio Murillo, el más grande pintor, centro del arte cristiano, de todos admirado y orgullo legítimo de nuestra ciudad. Y si el hospital del insigne Mañara, es para los sevillanos objeto de singular veneracion y amanlo como casa solariega de sus más preclaros hijos en virtud y talento y penetrados y convencidos de la justa reclamacion del cuadro de Santa Isabel, hállanse todos vivamente interesados en la devolucion, ¿qué más natural que este Ayuntamiento, que es la ciudad misma de Sevilla, se dirija á V. E. en demanda de una tan justa reclamacion?

Y que lo es no cabe género de duda; hasta la evidencia demostró la Hermandad en la última exposicion que dirigió á V. E. que el cuadro de Santa Isabel, propiedad de la casa, no fué donado al mariscal Soult y sí arrebatado por la fuerza del gobierno intruso, como tantas joyas de arte cuando en son de conquistadores ocuparon á Sevilla en 1810, consternándola con diarias ejecuciones, incendios, exacciones y vandálicas tropelías, y así consta en documentos de incontrastable valor, en las actas capitulares de la Caridad, y en los inventarios que el rey intruso mandó formar en Sevilla de los cuadros arrancados á nuestras iglesias, conventos y edificios públicos: y si llevados á Francia como botin de guerra, fueron por nuestro gobierno á la caida de Napoleon I y restablecimiento de la monarquía, reclamados y recuperados y entre ellos el de Santa Isabel, y por órdenes y reales decretos del rey Fernando VII mandados devolver á sus legítimos dueños, ¿por qué lo retuvo la Real Academia de San Fernando, y en qué razon se funda para detentarlo de modo tan improcedente?

En vano alegará la Academia de San Fernando la prescripcion, cuando no existe justo título toda vez que el cuadro fué objeto de un despojo y arrebatado por la fuerza, ni la Hermandad que es tan solo la administradora de la hacienda de los pobres, podia donar con validez objeto alguno: ni buena fe cuando en 1862 declaró la docta Academia en dictamen oficial, que reconoce el derecho de propiedad que la Hermandad tiene en el cuadro, y aun sigue reteniéndolo; ni posesion pacífica y no interrumpida, porque desde 1814 en que dió poderes en forma al Excmo. señor D. Víctor Soret para reclamar el cuadro viene interrumpiendo la prescripcion con gestiones continuas, por más que toda razon háyase hasta hoy pospuesto á consideraciones secundarias con detrimento del derecho y de la justicia, viéndose con harto dolor, como si estuviéramos en dias en los que la arbitrariedad dirigiera los destinos de los pueblos, burlada la ley, y sustituida por el capricho ó la fuerza.

É indicados los fundamentos que á la Hermandad asisten para que el cuadro le sea devuelto á la hacienda de los pobres, de modo sucinto como demanda la índole de esta exposicion, no terminará este Ayuntamiento sin protestar de los cargos que en el *dictamen académico* se dirige á los andaluces en general y muy particularmente á esta ciudad de Sevilla.

Decíase en el dictamen no con exactitud ni buena fe por cierto, que fueron los andaluces *blandos y afectuosos* para con los invasores, recibidos en Sevilla con cierta complacencia contraria al patriotismo, como si estas suposiciones gratuitas é injustas sentadas en el dictamen para suponer el inverosímil y absurdo regalo del cuadro de Santa Isabel al mariscal Soult pudieran borrar los servicios prestados á la patria por los andaluces y por esta ciudad en aquella gloriosa epopeya, la más noble y más grande que registra nuestra historia, con ser la de nuestra patria, la más brillante y bizarra en rasgos de valor, en noble esfuerzo y en santo patriotismo!

No: jamás en época alguna de la historia tomó asiento el egoismo entre los andaluces, ni estos jamas se olvidaron de la patria; sus hechos llenan el templo de la fama y con el generoso concurso de sus hijos adórnase nuestra historia, porque en toda ocasion agotaron la hacienda en las grandes empresas de la patria, su valor para dar héroes á la historia y conquistar apartadas regiones, y su ingenio felicísimo para abrillantar la cultura española con escritores y poetas eximios y artistas que ellos solos exceden á los más afamados del mundo.

Cuando tuvo lugar la guerra santa de nuestra Independencia contra la invasion más alevosa que cuenta la historia, guerra que nos enaltece y sublima, porque no hubo un palmo de tierra en nuestra honrada patria que no se enrojeciera con la sangre generosa de sus hijos en defensa de la libertad, del derecho y la justicia hollados en el resto de la Europa por el nuevo César, aquí en Andalucía calificada de blanda con los invasores se estrelló ante el esfuerzo de sus hijos el poder hasta entonces omnímodo del emperador.

Aquí en esta nobilísima tierra y en esta ciudad, á la que tanto debe la patria, y bajo las bóvedas de esta Sala Capitular, formóse en 1808 la famosa Junta Suprema, presidida por el ilustre Saavedra, dechado de buenos patricios, magistrado de claro talento, de singulares dotes de mando, de probidad suma, amante de su patria y amado y respetado en esta ciudad como uno de sus hijos ilustres, y aquella Junta, á la que tanto debió toda España en los momentos de mayor peligro, con sus acertadas disposiciones, fué la que imponiéndose á la general anarquía que siempre brota de todo movimiento, del pueblo por noble y santo que sea, encauzó el levantamiento nacional, dando el ejemplo á las demás Juntas populares; declaró de modo oficial la guerra á Francia; entabló negociaciones con potencias extranjeras; recabó alianzas y auxilios; publicó proclamas y manifiestos que enardecían los ánimos; recaudó fondos abundantísimos, tan necesarios en aquella sazon; dió unidad y fuerza al

2009 Ministerio de Cultura

alzamiento nacional, y levantó y organizó aquel ejército de andaluces, nunca bastantemente enaltecido, que en los campos famosísimos de Bailén, al vencer al conquistador de la Europa aseguró la independencia de la patria y devolvió la libertad á las naciones que, aun siendo grandes potencias militares, ó no supieron, ó no pudieron defender sus hogares No: no fueron blandos los andaluces para con los invasores, y desde donde nace el Betis á las playas gaditanas, la guerra fué cruel y sostenida, comenzada con la rendicion de la poderosa escuadra francesa al mando del almirante Rosilly, en la bahía de Cádiz, seguida por los guerrilleros en las sierras que cruzan las fértiles provincias andaluzas, donde cada hombre fué un héroe, continuada con la heroica defensa de Tarifa y terminada ante los muros de Cádiz, donde se estrelló todo el poder de los invasores, salvándose dentro del recinto de aquella insigne ciudad la patria misma allí acogida, que pudo al fin, libre y honrada, unir los organismos dispersos del Estado en aquella Constitucion de 1812, discutida y votada entre el estruendo de la guerra y las amenazas de un enemigo poderoso, que tuvo al fin que sucumbir á la constancia y valor de los españoles.

Cuando Sevilla, en 1810, ciudad abierta y sin medios de defensa, sin ejército ni elementos para resistir, invadida por numerosas fuerzas al mando de famosos mariscales y del rey intruso en persona, vióse forzosamente en la necesidad de capitular, como capituló Madrid mismo con otros recursos de defensa, sufrió, como ninguna otra ciudad, la ira del enemigo, que no podia olvidar los servicios por Sevilla prestados á la justa causa de la guerra; mas si esta rica ciudad fué objeto de la codicia de los invasores y ocupada total y militarmente, presenció durante dos años los mayores y más crueles abusos contra la religion, la vida y la hacienda, no se sometieron sus habitantes, ni reconocieron jamás á los enemigos de la patria, contra los que formaron aquella sociedad ó liga patriótica llamada *Congreso hispalense*, terror de los invasores, que tantos servicios prestó á la patria revelando los planes del enemigo al gobierno de Cádiz y á los que operaban en Andalucía, particularmente al ilustre Ballesteros, que tan brillante y heróica campaña sostuvo contra numerosos ejércitos, recaudando fondos, alistando soldados y repartiendo proclamas que enardecian el ardor del pueblo sevillano contra sus opresores, contribuyendo eficazmente á que las fuerzas del general Cruz Mourgeon hicieran más pronto evacuar la ciudad á los enemigos en aquel memorable dia del 27 de agosto de 1812, en que los vecinos de Triana y de la Macarena pelearon heróicamente y vengaron con cruel matanza los abusos vandálicos de los invasores.

El pueblo de Sevilla, que dió el mayor héroe de la Independencia, que personifica todo el heroismo de España, el ilustre Daoiz, y que prestó los servicios que ligeramente se indican, y que durante la ocupacion de la ciudad, por su constancia contra los invasores, vió perecer en el patíbulo innumerables héroes víctimas de su amor á la independencia, entre ellos el presbítero D. Santiago Albertos, el guerrillero Francisco Carrillo y los heróicos é inolvidables Gonzalez y Palacios, cuyos servicios á la patria piden un monumento á su memoria, no es seguramente digna de las injustas suposiciones que con harta ligereza se consignan en el dictámen de la Academia de San Fernando, suposiciones que este este Ayuntamiento, en nombre de la ciudad, rechaza con la mayor energía.

Fije, pues, V. E. su reconocida ilustracion y recto criterio en el verdadero aspecto de este litigio, que por su índole especialísima ha logrado despertar la atencion general, y cuyo fallo se espera con interés creciente por el público que ya conoce los antecedentes y fundamentos de la reclamacion.

Vea V. E. de una parte el Hospital de la Caridad, que desde hace siglos presta en esta ciudad beneficios inmensos y alivia la miseria con mano generosa y amor cristiano, y derrama sobre el pobre desvalido los consuelos que el venerable Mañara, ardiendo en santa caridad, legó á los pobres de Sevilla, desprendiéndose de su hacienda para fundar Casa de Consuelo y amor; vea V. E. que al reclamar ésta el cuadro de Santa Isabel pide lo que de derecho le pertenece, porque fué pintado por el inmortal Murillo y costeado y donado por Mañara para la hacienda de sus pobres; que el cuadro fué arrebatado por la fuerza del gobierno intruso de José Napoleon, llevado á Francia y devuelto á nuestro gobierno, se ordenó por reales decretos de Fernando VII volviera con los demás lienzos sustraidos á sus legítimos dueños.

Vea V. E. de otra parte á la real Academia de San Fernando, corporacion oficial que vive del Estado, que, con olvido de todas las disposiciones legales, y con menoscabo del derecho de propiedad y contra toda justicia, detenta una joya que no le pertenece; y vea, por último, V. E., que al lado del Hospital de la Caridad cuyos derechos al cuadro son indiscutibles, está la ciudad de Sevilla vivamente interesada en que ese cuadro inimitable luzca de nuevo aquí, donde todas las naciones cultas vienen á estudiar y admirar los prodigios de la escuela sevillana, y algo debe de pesar en el recto ánimo de V. E., que sobre ser tan justa la demanda, la sustente y ampare este Ayuntamiento, que es Sevilla misma, la tercera ciudad de España, la más importante de Andalucía, la que por su riqueza contribuye en considerable parte á sostener las cargas del Estado, cuya historia brillantísima es una serie de sacrificios gloriosos por la pátria, y sus hijos ilustres en letras y artes prestaron siempre el mayor brillo á la cultura de España.

Y por todo lo expuesto, este Ayuntamiento espera de la reconocida justificacion de V. E., que olvidando toda consideracion secundaria que se opone á la justicia y al derecho, acuerde la devolucion del cuadro de Santa Isabel al Hospital de la Santa Caridad, que es su legítimo dueño, satisfaciendo así la más estricta justicia y los más vehementes deseos de la ciudad de Sevilla.

En esta Casa Capitular de Sevilla á 31 de agosto del año 1891.

LAS HORAS MADRILEÑAS

LAS ONCE DE LA MAÑANA

LA VESTAL CULINARIA

Madrid se dispone á sentarse á la mesa y prepara su almuerzo; todas las escaleras de las casas huelen á guiso; por las ventanas de los patios sale un estrepitoso martilleo de almirez y un perfume acre de aceite que se frie: es la hora solemne de la cocina.

La fresquísima fregona, exuberante de carnes como un desnudo de Rubens, remangada hasta los codos, encendido el rostro por el calor del hornillo, maniobra, pegada al fogon, con un ejército de cacharros, á la vez que canturrea con desafinada voz las últimas coplas de la zarzuela de moda, que ya oyó desfiguradas á los ciegos de la bandurria. Ahora golpea con el mazo el trozo de vaca para reblandecer el músculo acartonado por la edad, recortando lo foto con el cuchillo y arrojándoselo al gato, que pacientemente aguarda lo que taiga sin quitar ojo á la Maritornes; luego monda las patatas y las parte en rajitas, echándolas en la sarten, que despide un vaho picante y que las recibe con alborozado estrépito; después, poniendo á contribucion en mortero varias especias, aliña la salsa del pescado que allá reposa cocido y limpio sobre la fuente de loza, interrumpiendo la faena para añadir cok al fuego y salir á abrir la puerta cada vez que repiquetea en el pasillo la campanilla, y quedándose de cuando en cuando ociosa y distraida, con gran peligro de que las patatas se churrusquen, solicitada por el dulce recuerdo del cabo de dragones con «quien habla» ó por la sonriente silueta del encargado de la tienda de ultramarinos que sospecha que se «la va á declarar».

Y acontece que el ama asoma por la cocina en uno de estos seráficos éxtasis, sorprendiendo á la criada en su arrobamiento; que la señora, con las pupilas como las brasas del fogon, estalla en un iracundo «¡Las once de la mañana y aún está usted así!», y que la fregona, arrancada bruscamente á sus deliquios del arma de caballería, contesta con una grosería de á folio, enredándose entonces entre amas las más descomunal y atronadora reyerta á gritos, mientras el aceite empieza á churruscar lo que frie muy contra su voluntad, pero sin poder pasar por otro punto. A veces la maritornes calla y la cosa no cobra mayores vuelos; pero á veces alza tanto la voz como su contrincante, y la pelea concluye por quemarse definitivamente el almuerzo y por obtener la muchacha la cesantía de su cargo, abandonando para siempre el culinario laboratorio donde sintió la nostalgia de los dragones.

LA CASADA MATUTINA

Las once de la mañana tienen en la coronada villa una silueta adorable: la de la madrileñita elegante que sale sola. Vestida con un sencillo traje de «tela de hombre» ó con una lisa falda de batista, asomando los zapatos rojizos de piel de Rusia, medio eclipsada por la gran sombrilla, de velo, el rosario liado á la muñeca izquierda sobre el guante, con esa frescura de rostro reveladora del reciente lavoteo, andando á escape, con sus pasos menudos, como si tuviera gran prisa, pero parándose á cada momento en los escaparates de las tiendas de modas y en las joyerías de lujo, va por esas calles la suave figurita blanca arrancada á la talla de felpa roja de un áureo mueblecillo de tocador. El mayor pronunciamiento de las líneas, la ausencia de acompañante alguno, el atractivo de cosa vedada que trasciende de la linda persona, dejan adivinar en ella á la mujer casada, que tiene dueño: los transeuntes la miran; unos no la dicen nada, otros la piropean, y la diosa, despreciando el culto, camina impasible sin dignarse acoger la más mínima lisonja de aquel reguero de flores que los que se encuentra arrojan en seguida á sus piés.

La casadita joven tiene dos horas de tienda: la de la tarde, la pública, por decirlo así, ostentosa y teatral, de gran espectáculo, apropósito para lucir el tren y hacer rabiar á las amigas, y la de la mañana, la íntima, la de confianza, modesta y oscura, sin cortejo ninguno, sin otra intencion que la de comprar lo que necesite... allá va; salió de casa con el tarjetero repleto; paga aquí, paga allí; ahora las camisas de su marido, luego el sombrero suyo, despues el regalo al conocido que contrae matrimonio, ó el obsequio al pariente cercano el dia de su santo, revelando así que no confía á nadie las riendas del hogar; se le pasa la mañana en un periquete; pero todavía le queda espacio para entrar en la iglesia á rezar la estacion y para perder cinco minutos escogiendo en el kiosko de la florista tres ó cuatro claveles. Y á punto de almorzar, risueña, contenta, feliz, satisfecha de su trasparente libertad; sin ninguna silueta de coche simon, de calle escusada, de casa misteriosa, ni de dicha furtiva; cargada de grandes envoltorios, con su andar menudo de palmípedo, regresa á su domicilio la interesante *mesócrata*, ávida de enseñar á su esposo los objetos que ha mercado y de obtener su aprobacion y de decirle segundo por segundo cómo ha empleado su tiempo, el dia que se presenta, las novedades que ha visto y los amigos que se ha encontrado en su correría.

ANTE LA TAQUILLA DE CAJA

El dinero, el gran déspota universal, hace madrugar á sus esclavos: las casas de banca son las primeras oficinas que abren sus puertas: á las once, el agujerillo de la taquilla de caja muestra ya por su abertura las manos de los empleados, única cosa que cabe por aquel túnel internacional por donde pasan al cabo del dia tantos miles de pesetas, chelines, liras y francos.

Nada más singular que estas oficinas, ni nada más extraño que estos funcionarios, condenados como náufragos perdidos en las olas, que distinguen el barco salvador de la muerte, que no los vé, á manejar fortunas que podrian sacarles de la miseria en que viven, sin la esperanza de poseer jamás un capital. Basta una mirada para vislumbrar en ellos la escaséz; en el rostro pálido y en los ojos tristes se les adivina la penuria de su existencia pobre: los muchos hijos, las imprescindibles necesidades, la paga, que no llega hasta fin de mes; en su mayoría van raídos, astrosos, disimulando ó procurando disimular la vejez de la ropa en fuerza de cepillo. El que gana tres pesetas diarias es un potentado; en cambio, el trabajo dura todo el dia en amarga compensacion, por la mañana, y por la tarde hasta anochecer.

El cajero contrasta á la legua con sus auxiliares; entre él y los dependientes media un abismo; por lo general está asociado á los negocios de la casa, es medio dueño, y le rebosa la linfa de su desahogada posicion social, por su persona encarnada, cosmetizada, bien oliente y vestida con arreglo al último figurin....

El oro entra diariamente por aquel agujero de la taquilla á raudales; en cuanto dan las once comienza el túnel á tragarse miles; al hacer el balance diario, la caja de hierro de caudales ha henchido de plata sus alacenas; el banquero ha engrosado su capital con vigües ingruesos, el cajero feliz se ha guardado su tanto por ciento en el bolsillo, y sólo de los míseros escribientes, medio ciegos de tanto sumar, que el veinte de cada mes se ven obligados á solicitar un anticipo, no concedido á veces, no se ha acordado el dinero cruel, sordo eternamente á los que lloran....

¡Pobres escribientes de las opulentas casas de banca, símbolos de la honradez intachable, sentenciados por la suerte á ser testigos del perpetuo encumbramiento de los demás, sintiéndose como Prometeo sujetos á la roca maldita de vuestra desgracia, con qué tristeza vereis llegar todos los dias la hora de las once!...

LA HORA ANODINA.

Antaño, en la suspirada época de los empleados, con manguitos de percalina, de los honrados covachuelistas y de los frailes visiteros, en que se comia el castellano cocido á las dos de la tarde debió, de ser una de las horas mas características de la villa coronada, esta en que se tomaba las once en bien de la salud del estómago, matando el gusanillo con cualquier fruslería que sin apagar el apetito mitigase la necesidad.

Hoy, las once de la mañana es una de las horas ménos madrileñas de las veinticuatro de que se compone el dia; no es la hora de las modistas, ni de la parada, ni de los elegantes; no es la hora de la comida de los trabajadores, ni del paseo por las calles, ni de la entrada de los teatros, es una hora bulliciosa, animada, de gran poblacion manufacturera, de gente que vá y viene á sus negocios caminando á paso rápido, de tranvías en todas direcciones, de omnibus, de extraordinario movimiento, pero sin nada peculiar ni propio, sin ninguna nota fuera de la de los sitios que distinga esa ebullicion de colmena y determine si es parisien, londonense ó acusadora de la ciudad del Manzanares.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

EL TIO MAROMA EN LA ACADEMIA

¿Qué duda trataba yo de aclarar?

A fe mía que no lo recuerdo. El caso es que para evacuar la consulta abrí el *Diccionario de la Lengua*, modelo de bondad... tipográfica y que extraviado de mi objeto primitivo, pasé largo rato entre hacer curiosas investigaciones y hacerme cruces.

Lo primero que mis ojos notaron fué la lista de académicos: y como detrás de cada nombre seguian numerosas líneas de texto, pensé desde el primer momento que se consagrarian á enumerar los merecimientos literarios que les habian abierto las puertas de la docta corporacion. «Ahora sí que voy á salir de muchas dudas,» me dije interiormente; «ahora sí que voy á conocer los títulos siquiera de los desconocidos trabajos de muchos conocidos académicos.» ¡Qué desencanto! En aquellos párrafos solo se dice que el académico señor A. es jefe superior de administracion, ex ministro y diputado; que el señor B. tiene todas las grandes cruces de España y del extranjero; que el señor C. ha sido y está en aptitud de volver á ser plenipotenciario en córtes extranjeras; y así todos. Decididamente, tendré que renunciar á conocer qué han hecho en su vida literaria los que hoy ejercen la literatura oficial y á su antojo dictan leyes al lenguaje.

Pasé algunas hojas, y, tropezando en las definiciones con numerosas abreviaturas, tuve que recurrir desde luego á estudiar la tabla de las mismas. Allí sí que mi consulta no fué perdida, pues debajo de un título en que se dice:

Abreviaturas que se usan EN CASTELLANO,

tropecé entre otras con las siguientes:

D. O. M.	*Deo Optimo Máximo.*
in p. inf.	*in partibus infidelium.*
N. B.	*Nota bene.*
ib.	*ibidem.*
P. S.	*Post scriptum.*

Conste, pues, que las palabras y frases que anteceden son *castellanas*, aunque otra cosa suponga la malicia.

Chocóme despues el exíguo número de etimologías eúskaras que contiene el Diccionario, cuyos autores han acudido á todas las lenguas muertas, enterradas y aun putrefactas, para investigar orígenes que tenian en la propia casa; chocóme tambien la inconsecuencia de las Academias en la admision ó no admision de voces didácticas y profesionales; la generosa hospitalidad que sigue concediendo á voces arcáicas, que ningun escritor, ni aunque sea académico, se atreve á emplear en sus trabajos y la ausencia de sistema y criterio que resplandece en todas las páginas de ese código del bien hablar, que si correspondiese por su fondo á la bondad de la imprenta que lo ha compuesto y del papel en que se ha hecho la tirada, sería obra notabilísima.

Pero como no me juzgaba llamado á poner semejantes reparos ni á investigar faltas, que ya han sacado á irán sacando á la vergüenza personas competentísimas y que no figuran, por ende, en la sabia corporacion, seguí revisando al descuido las definiciones y sin querer tropecé con las siguientes que me obligaron á afianzarme en el sillon para no caer de espaldas:

Médica.—Mujer del médico.

Abogada.—Mujer del abogado.

Boticaria.—Mujer del boticario.

Presidenta.—La que preside. La mujer del presidente.

Sirvienta.—Mujer dedicada al servicio doméstico.

Rea.—Mujer acusada de un delito.

Jefa.—Superiora ó cabeza de un cuerpo ú oficio.

Debo decir, en descargo de los académicos, que no han puesto *testiga* ni *jueza*, como hubieran debido hacer para ser consecuentes con la admision de *jefa*, *rea* y demás femeninos que dejo apuntados. ¡Y pensar que cada una de estas voces habrá costado acaso una sesion y el abono de las correspondientes dietas á los que limpian, fijan y dan esplendor al lenguaje!

Sin embargo de todo, la responsabilidad no debe ser de los señores que figuran en la nómina académica, sino de alguna otra persona á quien de fijo habrán consultado. Ahora recuerdo que en un sainete de Ricardo de la Vega, *La familia del tio Maroma*, el protagonista defiende la tesis de que

Siempre toma la mujer
el oficio del marido,

y dice en comprobacion de su teoría:

La mujer del juez... la jueza;
la del fiscal... la fiscala;
se llama registradora
á la del registrador...
Pues la mujer del tenor,
¿qué tié que ser? *La tenora.*

¿No está claro, como la luz del dia, que el tio Maroma ha tomado parte muy activa en la confeccion del vigente Diccionario?

Si así es, como yo lo sospecho, juzgo conveniente que la docta corporacion no se apropie glorias ajenas y que se apresure á darle posesion de una de sus plazas de número, ya que es académico por derecho propio. Hágalo así y no faltarán seguramente á la solemnidad de la recepcion *D. Benito* su yerno, *el tio Lucas*, *Juan el Tuerto* y los dos primos, cuyos nombres no recuerdo, que obsequiaban al tenor Amoram arrojándole *malacatones* desde el paraiso del teatro Real.

M. OSSORIO Y BERNARD.

COSAS DE MADRID

Hace algunas noches fuí testigo de una escena cómica que sirvió de regocijo á los individuos que toman el fresco sentados en la fuente de la Puerta del Sol.

Voy á referir el suceso, adornándolo con cascabeles, es decir, con todos los detalles que he podido recoger posteriormente.

***

Doña Virtudes posee el marido más barato de Madrid.

Le sale por una friolera, porque D. Santos, que así se llama el interesado, es un modelo de economía y de buenas costumbres.

No fuma, ni toma café, ni bebe horchata, ni concurre á los teatros, ni va á ninguna parte donde tenga que gastar dinero.

Al oscurecer sale de su casita, revisa los escaparates de los principales comercios, y despues de un largo paseo de higiene recreativa, se sienta en la fuente de la Puerta del Sol.

Echa un párrafo de intereses generales, política y astronomía con los socios más comunicativos de aquel círculo fresco, y al sonar las diez en el reloj vecino, ó sea en el del ministerio de la Gobernacion, se levanta, bebe agua en la fuente sin escrúpulo alguno, despídese de sus compañeros nocturnos y muy despacito se encamina á su domicilio.

A las once ménos cuarto entra D. Santos en su habitacion y refiere á la familia las impresiones que ha recogido en la tertulia de la fuente.

—¿Estaba el agua fresca?—le pregunta doña Virtudes.

—¡Riquísima!—dice el marido.—Esta noche me la hubiera sorbido toda.

—¿Y qué hay de nuevo, papá?—interroga la niña mayor, cerrando el libro donde estudia para profesora en alumbramientos.

El padre hace uso de la palabra, cuenta minuciosamente las noticias del dia y doña Virtudes comenta los sucesos hasta que la criada interrumpe la sesion avisando que la cena está dispuesta.

***

Una noche, D. Santos no volvió á su casa á la hora de costumbre.

Doña Virtudes y sus dos hijas se alarmaron sobremanera y no acertaban á explicarse el motivo de aquella tardanza.

Dieron las doce, y el buen señor no parecía.

—¡Clotilde!—exclamó la mamá,—¡á tu padre le ha sucedido algo! ¡Casta, alguna cosa le ocurrido á tu padre!

—No te asustes, mamá—suplicó Cotilde! Puede ser que algun amigo le haya convidado al teatro... Ya veras como no tarda en venir.

—Yo opino lo mismo,—dijo Casta.

—Estais equivocadas; á vuestro padre le ha ocurrido alguna desgracia.

—¿Pero en qué te fundas para discurrir así?

—Tu padre no hubiera aceptado ningun convite esta noche...

—¿Y por qué no?

—Porque sabia que cenaríamos mondaduras de patatas con uñas de gorriones, que es su plato favorito, y por nada del mundo hubiese dejado de venir á las once para comerlas calentitas.

—Tienes razon—dijo la futura profesora en alumbramientos.

—¡Dios mio, qué le habrá pasado!—suspiró la otra niña.

—Yo tengo la culpa de esto—esclamó la madre—por haber consentido que saliera esta noche. ¡Todo el dia ha estado diciéndome qué le dolia la cabeza y la punta de la nariz! ¡Quién sabe si se habrá puesto peor!

—Tambien á mí me dijo que sentia mucha debilidad en los ojos, y que con el derecho no veia más que ratones luminosos dando saltos.

—¿Te dijo eso?

—Sí.

—¡Vírgen Santísima! ¡qué desgracia! ¡Siempre que tu padre observa ese fenómeno óptico, le suce algun percance! ¿Os acordais del dia que en la calle del Carmen se le incendió la caja de fósforos que llevaba en el faldon de la levita?

—Sí, cuando tuvieron que apagarlo con una manga de riego.

—¡Qué susto pasamos!

—Pues bien, aquel dia me dijo, mientras le abrochaba los tirantes que le regaló el panadero la Nochebuena: Virtudes, yo veo ratones luminosos con el ojo derecho.

Sonó un campanillazo y las tres mujeres corrieron á abrir la puerta, gritando:

—¡Ahí está!

***

No se habian equivocado: era don Santos.

—¡Por fin!—exclamó la afligida esposa simulando un síncope de verano.

—¡Gracias á Dios!—dijo Clotilde abrazando á su padre.

—¿Pero dónde has estado?—agregó Casta besando al autor de sus dias y noches.

—Tranquilizarse; no ha sido nada—advirtió el jefe de la casa.

—¿Está lloviendo, papá?—preguntó Clotilde notando que su padre venía húmedo.

—¡Si traes la levita mojada!—añadió la otra hermana.

—¿Te han echado algun cubo de agua sucia?—dijo doña Virtudes.

—No, mujer: ha sido otra cosa más grave...

—¡Uf!...

—No; tampoco es eso.

—Entonces...

—¡He estado á punto de ahogarme!

—¡Jesús!

—¡Lo estais viendo, niñas! Mis temores eran ciertos!...

—Despues de todo, la cosa ha tenido gracia—murmuró don Santos sonriendo.

—¡Pero qué te ha ocurrido?

—Ya sabeis que tengo el vicio de beber unos cuantos sorbos de agua en la fuente de la Puerta del Sol, antes de retirarme.

—Sí.

—Pues esta noche, al apoyar las manos en el borde de mi abrevadero, un mal intencionado, un enemigo oculto, sin duda, me empujó por detrás con tanta violencia, que caí de cabeza al agua, y estuve ejerciendo de buzo torpe y tragando líquido, hasta que me pescaron los guardias de Seguridad. Fuí llevado en procesion á la Casa de socorros y allí me desaguaron.

—¿Con alguna bomba?—preguntó doña Virtudes.

—Me parece que sí. Estaba tan aturdido que no me fijé bien. En seguida me desnudaron, y envuelto en una sábana esperé que se oreara un poco el traje para poder marcharme. Esta ha sido la causa de mi tardanza.

—¿Y por qué no te viniste embozado en la sábana?—dijo la esposa de D. Santos.

—¡Mujer!

—¿Qué tenía de particular eso? Hubiera creído la gente que eras un moro de la embajada que se había quedado en Madrid para perseguir el matute.

Don Santos se quitó el sombrero, y entonces las tres mujeres gritaron á un tiempo:

—¿Y la peluca?

—¡Ay Dios mio, qué desgracia!—exclamó el marido de doña Virtudes llevándose las manos á la cabeza.—¡Se ha quedado dentro de la fuente! Hasta ahora no me había apercibido...

—Hay que recuperarla á todo trance—ordenó la señora de D. Santos,—porque es un recuerdo de familia. No habrás olvidado que esa peluca la usaba mi abuelo para picar novillos de beneficencia en la plaza de Valladolid.

—No lo he olvidado. Mañana me levantaré muy temprano y practicaré un rereconocimiento en el agua, con un gancho.

—Mejor sería que hicieras una exposicion al Ayuntamiento pidiendo permiso para pescar la peluca en la fuente. Creo que sería atendida tu solicitud por tratarse del pelo postizo de nuestros antepasados.

—No has pensado mal; pero mientras conceden la autorizacion, ¿qué me pongo en la cabeza? Porque así no salgo á la calle...

—Papá, no te apures—dijo Casta;—yo te haré una peluca interina con mi manguito viejo.

MIGUEL MENDEZ ALVAREZ.

DESDE EL BOULEVARD

LOHENGRIN

El telégrafo ha llevado á esos lectores las noticias de los incidentes de más bulto que han marcado la primera representacion en la Gran Ópera de París, del *Lohengrin* de Wagner.

Los contratistas del *patriotismo* no han conseguido por esta vez impedir que los aficionados á la buena música oigan y aplaudan una de las obras maestras del arte lírico, que, como todas las artes, es cosmopolita, no tiene ni debe reconocer fronteras, y debe estar por encima de todos las políticas interiores y exteriores.

En este caso particular del *Lohengrin*, las razones que se pretendian y se pretenden dar contra la representacion en la Academia Nacional de Música de París de la ópera del maestro aleman, salense de los límites del *chauvinisme*, para entrar en el terreno del ridículo ó la locura.

Encontrar antipatriótico que se represente en París lo que se ha aplaudido con entusiasmo en toda Francia y lo que los mismos parisienses han ido á aplaudir á Ruan no hace aun cuatro meses, es una manera de entender el patriotismo que se está dando de cachetes con la lógica y el buen sentido.

Justo es decir que de parte del buen sentido está la inmensa mayoría de los franceses y de los parisienses; y que si fuera á hacerse un recuento concienzudo de los que anoche pretendian salvar la pátria—*en peligro* porque se aplaudia á Wagner en la Opera,—cantando la *Marsellesa* en el boulevard y dando vivas á Rusia—país donde se hacen con gran aplauso las óperas del maestro de Bayreut,—apenas si se sacarian tres ó cuatro millares de alborotadores, menores de edad en su mayoría, que iban allí á gritar y á protestar, sin saber á punto fijo por qué ni de qué, impulsados por la media docena de adalides boulangeristas que van quedando para estos casos, y los cuales, por cierto, dieron muy poco ó nada á ver sus fisonomías. Sin duda profesan la filosofía que encierra la frase de un jefe de *communnards*, que al explicar su conducta y su presencia entre una turba de incendiarios, decia con la mejor buena fé del mundo:

—Siendo yo su jefe debia *seguirles*.

Esto prueba que hay jefes que entienden que su puesto está en la *cola*, y de esos deben ser los promovedores del alboroto de anoche y de los que se nos prometen para mañana y sucesivas representaciones del *Lohengrin*.

Por la muestra que anoche nos ha ofrecido el prefecto de policía de París, no hay que temer que los marmitones de la calle lleguen á impedir á los espectadores ni llegar al teatro, ni oir su ópera tranquilamente, ni retirarse luego en paz á sus hogares.

La dulzura de los *sergets* está muy lejos de ser proverbial cuando llega el momento de dar las cargas para despejar los grupos numerosos y chillones, y las lluvias de puñetazos y puntapiés que los guardias hacen caer sobre la multitud, levantan más de un chichon en las cabezas de curiosos inofensivos.

Pero bien mirado, los curiosos se tienen merecido el cosquis que les toca en suerte, ¿quién les manda ir allí donde saben que será seguro el reparto de trastazos? Lo prudente en tales casos es quedarse en casa ó pasear por cualquier sitio que diste más de medio kilómetro del teatro de los acontecimientos ó del teatro de la Opera, en el caso presente.

Las intentonas para turbar las representaciones sucesivas son más de temer. Una veintena de alborotadores bien organizados bastarian para no dejar oir en paz la ópera, pues aunque repartidos entre toda la noche, no contemos sino á diez ó doce minutos de ruido y barullo por cada expulsion de espectador intranquilo, veinte expulsados dan un total aproximado de 240 minutos, ó seánse cuatro horas, tiempo igual al de duracion de *Lohengrin* con entreactos y todo; de manera que si los anti-wagnerianos ó *anti-lohengrinianos* ó *anti-páticos* tumultuarios tienen bastante dinero y bastante

Ministerio de Cultura

habilidad para intercalar veinte de los suyos decididos á escandalizar en la segunda representacion, podemos prometer á nuestros lectores largos telegramas en la noche de mañana á la hora que salgamos del teatro, que tanto puede ser la ordinaria, como anoche, ó *la del alba*, si los incidentes prolongan desmesuradamente la duracion del espectáculo.

Mientras tanto, hablemos de la parte *artística* de la representacion de anoche.

***

Si Wagner, desde el otro mundo, ha podido ver y oir su ópera, la satisfaccion artística que haya experimentado su espíritu habrále hecho olvidar las amarguras que el estreno de su *Tanhauser* en este mismo París debió producirle hace veinticinco años.

Y si el éxito de anoche ha sido de los que caen pocos en libra en la Opera de París, se debe principalmente á la perseverancia de Mr. Lamoreux, el verdadero triunfador en este estreno, tanto como al esmero que los directores de la Opera han aplicado á poner en escena el *Lohengrin*, siguiendo con verdadero culto todas las indicaciones, todos los deseos hasta en los menores detalles, expresados por Wagner en diversas ocasiones de su vida.

Puede decirse que el espíritu del maestro aleman ha dirigido los ensayos de *Lohengrin*.

Los actuales directores de la Opera no contaban ni con mucho con las simpatías de la prensa y la crítica; y esto da extraordinario valor al aplauso unánime con que el estreno ha sido recibido y á los elogios que los periódicos de esta mañana —exceptuando, naturalmente, los que llevan la batuta en la campaña del desorden de la calle—prodigan á monsieures Ritt y Gailhard.

Se ha tenido presente toda la correspondencia cruzada entre Wagner y Listz cuando éste presentó en el teatro de Weimar, por primera vez, la obra del maestro desterrado. Entonces, los recursos del teatro de Weimar obligaron á Listz á acercarse en lo posible á la voluntad de su amigo sin realizarla por completo.

Más tarde, en Alemania, en España, en Italia, en Inglaterra, en Francia misma, se han establecido á manera de diversas tradiciones, segun los gustos del público, el temperamento de los artistas y los medios de que disponian las empresas, para la interpretacion de *Lohengrin*, cortando diversos pasajes de canto ó de orquesta, cambiando algunos movimientos y sobre todo, simplificando la composicion de los coros.

Anoche se han seguido al detalle, sin descuidar nada, sin la menor omision, todas las indicaciones del autor, conformándose con ellas hasta para la confeccion de los trajes, los movimientos de los actores y la distribucion de las partes.

La orquesta que, como es sabido, tiene papel preponderante en la obra, ha estado magistralmente dirigida por Mr. Lamoreux, y no es empresa facil dominar esta orquesta de la Opera en que cada profesor se cree más independiente que el director mismo.

El preludio ha sido saludado al final con una triple salva de aplausos, *rompiéndose así el hielo*, para dar paso al fervor artístico con que se ha escuchado toda la partitura.

Se ha dado nueva disposicion á la orquesta, colocándola más baja, casi como en Alemania, y Lamereux tenía su pupitre de modo que podía dominar los músicos y la escena sin que por esto descollara su figura sobre las candilejas.

Los coros, sobre ser lo bastante numerosos para ejecutar á la letra las indicaciones de Wagner, en lo que toca á la distincion y proporcion de las ocho partes corales, se han movido como actores independientes. Lo cual en ciertas escenas como en el coro guerrero del segundo acto ha producido un efecto completamente nuevo y excelente.

Los artistas encargados de las primeras partes ofrecen un conjunto tan acabado como perfecto, sin que en ellos se haya notado el efecto de las innumerables amenazas anónimas que estos dias han recibido, ni el temor bien natural de los incidentes que en este extremo pudieran producirse.

Van Dick tiene una preciosa voz, quizás un poco blanca, que llega cuando conviene á una intensidad de expresion y á una potencia extraordinarias. No sabemos por qué nos ha presentado un caballero del Cisne completamente imberbe, lo cual le da cierto aspecto sacerdotal, por no decir afeminado. Por lo demás, irreprochable como actor y como cantante.

Rosa Caron es una Elsa verdaderamente patética é interesante, encontrando acentos verdaderamente conmovedores en la plegaria, en la invocacion nocturna y, sobre todo, en el gran dúo.

Madama Fierens ha conseguido á fuerza de talento hacer simpático el papel de Urtrudis, y que se escuchen con agrado los dos larguísimos dúos del segundo acto; y M. Renaud ha hecho un Federico de primera fuerza.

Las decoraciones de *Lohengrin* no se prestan á complicaciones ni suntuosidades. Pero los directores de la Opera, siguiendo en esto tambien las indicaciones de Wagner, han tratado de darles magnificencia. La del primer acto es notable, sobre todo por la poesía del fondo; pero la más hermosa es la del pueblo del segundo acto, verdadero primor de arte y de arqueología. El amanecer, la procesion de las mujeres á la fuente, el despertar de los guerreros, son otros tantos cuadros presentados con verdadera perfeccion artística.

En resumen, un éxito completo que es de desear no malogren los silbidos de unos cuantos marmitones dirigidos por los restos del boulangerismo.

RICARDO BLASCO.

París, 17 setiembre 1891.

UNA HISTORIETA VIEJA (1)

(CON SU CORRESPONDIENTE MORALEJA)

Refiere una añeja historia
—que debe estar archivada
en una villa ignorada
de la provincia de Soria,—
que allá por el año mil
—ignoro en qué mes sería—
la comarca rrecorría
cierto trovador gentil,
tan celebrado en España
pór sus estrofas de amor
como el otro trovador
de *El Baron de la Castaña;*
pues con sus tiernas canciones
y románticas querellas,
de más de cuatro doncellas
partía los corazones.
Rubio el bigote y poblado
y blondo y poblado el pelo;
ojos del color del cielo
—si el cielo no está nublado;
un suavísimo vaivén
que le mecía al andar,
y en la barbilla un lunar
que le sentaba muy bien.
Tal era el tipo gentil
del rey de los trovadores
que andaban cantando amores
allá por el año mil.

Ganoso el bardo de gloria,
buscábala en todas partes;
y llegó un lunes... ó un martes,
al pueblecillo de Seria,
llevando la lira al hombro,
la tizona á la cintura
y causando su apostura
estupefaccion y asombro
entre la gente sencilla,
honrada y trabajadora
que pasaba hora tras hora
¡fabricando mantequilla!
Habia en el pueblo aquel
una muchacha preciosa,
bonita como una rosa
y fresca como un clavel.
Por la gallarda y lo bella
á los mozos trastornaba...
¡Así el boticario estaba
loco perdido por ella!
Mas para ella no ofrecía
encanto alguno Olegario...
¡Era un pobre boticario
sin corazon... sin poesía!
El aspiraba ¡inocente!
al amor de la soriana,
sin reparar en que Juana
le despreciaba ¡hondamente!
Así cuando vió á su reja,
rendido y enamorado,
al trovador celebrado,
al de la rubia guedeja,
á la reja acudió pronta
á oir la amorosa cántica;
que Juanita era romántica,
y, por lo mismo, algo tonta.
El bardo errante templó
la lira; dió un ¡ay! ... siento,
y con conmovido acento
de esta manera cantó:

—«Sultana del alma mia,
»luz de donde el sol la toma»,
porque á tus ojos asoma
con vivo fulgor el dia,
deja que, puesto de hinojos,
te dedique mi cancion,
pues me abraso en el balcon
—digo, volcán—de tus ojos.
Desque á este pueblo llegué,
latiendo mi pecho está
de amor... (Suspirando:) ¡Ah!
¡En cuanto te ví, te amé!
¡No me desdeños, por Dios!
¡Mitiga mi frenesí!
¡Me siento capaz por tí
de una atrocidad... ó dos!»—
Calló el vate. La aldeana
tornó en dulce el ceño adusto...
¡Estaba loca del gusto
de oirse llamar sultana!
Y ya del amor cautiva,
sólo pensó en el amor
que la inspiró el trovador
con su endecha ¡subversiva!

Las lecturas, siempre ingratas,
de novelas idealistas,
hacen de muchachas listas
unas grandes mentecatas.
Juana tenia aficion
á leer, y se comprende;
que aquello que no se entiende
causa más admiracion,
Y aprendió raras palabras
—que eran entónces de moda—
mientras su familia toda
¡apacentaba las cabras!
Así la aldeana rústica
sin saber lo que decia,
decia que la poesía
era el arte más ¡acústica!
Y sucedió que al oir
al bardo, tembló su ser...
«¡Los impulsos del querer
no se pueden resistir!»
Le quiso con loco amor,
con idolatría ciega...
mas como el hombre la pega,
se la pegó el trovador.
De la noche á la mañana,
ganoso el bardo de gloria,
al *desparecer* de Soria
dió al olvido á la soriana.
Y al ausentarse el doncel
quedó la niña llorosa,
¡ni bella como una rosa,
ni fresca como un clavel!
Hácia el prosaico Olegario
su pensamiento volvió...
¡Que si quieres! ¡Encontró
casado aquel boticario
con una joven no rica,
pero de razon serena...
¡Una muchacha tan buena
casi como la botica!
Y Juana, la pobre rústica
con ribetes de romántica,
comprendió, al fin, que la cántica
del trovador, ¡no era acústica!

¡No soñeis, niñas sensibles,
con amores de poetas!
¡Recordad que las cuartetas
no son cosas comestibles!
Su amor es un puro engaño
y el mejor ¡es un *pillastre!*
¡Esto lo asegura un sastre
que conoce bien el paño!
¿Qué es vate? ¡Un pobre chico
que os hace en verso el amor!
Para marido es mejor
un boticario... si es rico!

CALIXTO BALLESTEROS.

(1) Premiada en el reciente Certámen de Alicante.

CARTA SEMANAL DE LONDRES

¿Habrá guerra ó no la habrá? ¿Cuándo? ¿Entre quién?

He aquí lo que en la semana que ho fina ha sido la pregunta general que todos hacian.

Y en efecto la preocupacion de altos y bajos, tirios y troyanos, es si habrá ó no guerra, cuándo la habrá y quiénes serán los contendientes.

Sea porque, en mi opinion, no habrá tal guerra, sea porque aun cuando la hubiese sería imposible fijar la época en que tendría lugar y quiénes serian los combatientes, sea por último porque á nuestro país solo le conviene la prudente línea de una absoluta neutralidad, es el caso que no nos ha apasionado tanto este asunto como á los ingleses que han acabado por decir algo.

Arrimando, como vulgarmente se dice, el ascua á su sardina, los franceses han creido que el golpe de Estado (que así le llaman) del sultan, permitiendo al czar atravesar los Dardanelos primero y despues arrojar del poder al ex-gran-Visier, que era una de las personas más afectas á la Gran Bretaña, ha disminuido la influencia británica exaltando la de la Francia.

Y como no solo ha padecido en su amor propio la Inglaterra, sino que la *Triple alianza* tambien ha sufrido rudo golpe, de aquí que los espíritus belicosos vean ya la guerra declarada para la próxima primavera colocándose de un lado Francia y Rusia, del otro Austria, Alemania é Italia, y como es de suponer, venciendo la duple á la triple alianza.

Mientras que á la Inglaterra se le ha amenazado indirectamente con la posibilidad de que Rusia tome Constantinopla, John Bull no ha rechistado; pero en cuanto se ha tratado de la evacuacion del Egipto, ya no ha podido contenerse, y el *Standard*, órgano de lord Salisbury, ha escrito poco, pero bueno.

«El sultan—dice el *Standard*—se engaña miserablemente si cree que poniéndose á los piés de Rusia apresurará la evacuacion del Egipto. Tres razones militan en favor del mantenimiento del estado actual: que si nosotros estamos en Egipto, es con objeto de conservarlo para la Turquía; en segundo lugar, para asegurarles á los egipcios un gobierno estable, justo y poco oneroso; y tercera, porque Inglaterra tiene el mayor interés en sostener la tranquilidad en los bordes del Nilo, con motivo de su situacion en la India. Cuantos esfuerzos haga el sultan por crearnos dificultades, nos obligará á adoptar medidas más enérgicas.

»Abdul-Hamid parece que ha dado gran importancia á la recepcion de la escuadra francesa en Cronstad, y que las demostraciones de amistad de la Francia y de la Rusia, tenian por objeto probar que ambas potencias no temen á la triple alianza.

»Si el sultan se figura que le tiene más cuenta la amistad de Rusia, que la de la triple alianza, pronto saldrá de su error.

»Las consecuencias del acto del sultan, serán *estrechar* las relaciones entre la Inglaterra y la triple alianza, obligándola á no ocuparse más que de sus intereses.»

La amenaza, es transparente, y claro dá á entender que no sería difícil una inteligencia con los enemigos de la Francia.

¡Quiera Dios que no haya guerra, porque no sería una guerra, sería un duelo á muerte en que ó Alemania ó Francia quedaría aniquiladas, sin que se conservase ni aun su nombre despues de terminada la lucha exterminadora.

***

El otro grave acontecimiento que ha embargado por completo la atencion pública durante la semana, ha sido el tiempo.

Hace años que no se ha disfrutado en Inglaterra un tiempo semejante.

Un calor sofocante, un cielo sin nubes y una ausencia absoluta de lluvia ha llegado á hacer creer á estos hambrientos de sol y luz sin agua, que era posible una transformacion tan saludable.

Pero no nos alegremos y aplacemos hasta la semana próxima el proclamar como estable el buen tiempo, y si ántes de una semana no llueve á cántaros y no hay nieblas en lo que falta de mes, podremos proclamar que en efecto es posible que haya tres semanas sin llover.

Tambien las maniobras de la vecina república han sido objeto de preferente atencion del público y la prensa, y en general se han hecho grandes elogios de ellas, lo cual prueba que es justo juzgarlas bien, pues sabido es que esta prensa no se deja llevar de impresiones y que dice siempre la verdad.

***

El vapor *Teutónico* ha hecho el viaje de Inglaterra á Nueva-York en *cinco dias, seis horas y treinta y nueve minutos;* es decir, á una velocidad de más de veintidos nudos, cerca de *cuarenta kilómetros por hora.*

La Compañía, queriendo sobrepujar á su rival, ha encargado un paquebot de 12.000 toneladas, de 138 metros de largo y 20.000 caballos de fuerza y una velocidad de veintiun nudos.

***

Hace dos semanas que está haciendo las delicias del público londonense el famoso *Paulus*.

En el café cantante *Trocadero* ha conseguido reunir todas las noches un público entusiasta que, si no comprende lo que canta, por los gestos y la música se deleita oyéndole. Le acompaña una jóven cuya belleza le ha valido el premio en el reciente concurso de belleza de Niza. La señorita *Juniori*, que éste es el nombre que la jóven ha adoptado para presentarse al público inglés, debe cantar por primera vez en el *Trocadero* la noche del miércoles. Se espera con gran curiosidad verla y oirla.

Yo puedo añadir algo por una casualidad.

Hoy he ido á comer á un hotel en que comia la joven acompañada de Paulus.

Despues de tomar café, la joven tuvo la amabilidad de cantar casi todo el repertorio de Paulus, imitándole á la perfeccion con tanta gracia que el mismo ridiculizado reia á carcajadas de la propiedad con que le imitaba.

Agréguese á esto que la jóven, que solo cuenta 18 años, tiene toda la gracia de una de nuestras andaluzas y todo el aire picaresco de una parisiense, y no nos será difícil comprender la acogida que el público dispensará á la nueva artista.

Ofrezco á mis lectores darles cuenta exacta del estreno.

***

Las huelgas están á la orden del dia; pero las hay tan inesperadas que no cabe imaginar que hubiera podido tener lugar la producida por los mozos del restaurant el miércoles pasado en la Exposicion naval: Despues de una crisis de cinco minutos se evitó el conflicto.

Como la huelga tuvo por objeto protestar contra la prensa, nos es doblemente grato el resultado que consiguieron los huelguistas.

Hé aquí el caso:

El comité ejecutivo habia enviado invitacion á los representantes de la prensa para que se reuniesen con el almirante William Dowell, el presidente del comité ejecutivo, á fin de oir su opinion acerca de lo que pensaba hacer en el otoño.

Habíase, pues, arreglado una mesa á l argo del comedor de la terraza adornada con gran gusto. Las flores que adornaban la mesa representaban áncoras y cables colocadas encima de los manteles blancos como la nieve. Las ostras abiertas y preparadas escitaban el apetito, las pilas de hielo refrescaban la atmósfera, los comensales se habian sentado y colocado la servilleta sobre las rodillas, en el ojal de la levita ó bajo la barba preparándose al ataque culinario.

Todo estaba á punto.

Solo una cosa faltaba.

Los camareros.

Uno únicamente se acercó á sir Dowell y le habló al oido.

Lo que le dijo le hizo levantarse del asiento, y fué la primer noticia que tuvo del motin.

Conferenció con el vicepresidente y con el presidente del comité financiero, y estuvieron entre los tres examinando detenidamente el *menú*.

Seguian brillando los camareros por su ausencia.

La generalidad de los convidados ignoraba el peligro que corrian.

La fatal noticia era la siguiente: los camareros alemanes se habian declarado en huelga porque se negaban á servir á los individuos de la prensa que, segun ellos decian, les habian atacado.

Gracias á la intervencion feliz de los conferenciantes, se logró reunir, llamándolos por teléfono, á otros camareros, y la nueva falange de criados ingleses empezó á servir la comida.

Los camareros huelguistas fueron despedidos y arrojados fuera del local, y antes de servirse los postres, no habia quedado uno de éllos dentro de la Exposicion.

Con tal habilidad, discrecion y tacto se hizo la cosa, que únicamente unas cuantas personas contadas se apercibieron de lo ocurrido.

***

Con motivo de los temores de guerra y del posible papel de las potencias, se ha recordado por muchos la historia de la boda de Labouchere, que debe su gran fortuna á un rasgo de audacia y sagacidad.

Fué Labouchere, cuando era joven, encargado por su principal, que era el jefe de la casa Baringh hermanos, á ver á otro banquero de Nueva York, corresponsal de aquellos.

El joven Labouchere fue convidado á comer y se enamoró perdidamente de la hija del banquero y ésta del joven.

Tuvieron ocasion de hablarse y Labouchere se declaró y pidió permiso á la joven para pedir su mano. Otorgado por élla, hizo su correspondiente peticion.

—¡Está usted loco, amigo mio?—le preguntó el padre.—¿Qué fortuna tiene usted para aspirar á la mano de mi hija? Cuente con que es usted meramente un empleado de la casa de mis corresponsales en Londres, pero nada más.

—¿Y si en vez de ser *empleado* fuera *socio*?

—¡Ah! entonces la cosa variaria por completo. Sé que mi hija lo quiere á usted, y en ese caso no me negaria.

—Pues quedamos en que le escribiré á usted acerca de esto en cuanto llegue á Londres.

En efecto, apenas llegó Labouchere á Londres vió á su principal, como era consiguiente, y despues de enterarle del resultado de su viaje, le dijo:

—¿Me cree usted digno de ser su socio?

—¿Y qué capital puede usted aportar?

—Por el pronto ninguno; pero si fuera *yerno* de su corresponsal de usted en Nueva York, ¿me haria usted socio de la casa?

—Indudablemente.

El empleado, que despues ha dado tantas pruebas de talento profundo, se apresuró á escribir á Nueva York, diciendo:

—Fulano de tal, socio de la casa de Baring, desea saber si está usted decidido á cumplirle la palabra empeñada de concederle la mano de su hija.

La contestacion no se hizo esperar, y por resultado de ella un mes despues el joven Labouchere era socio de Baringh, y marido de la hija del opulento banquero de Nueva York.

***

La angustia, la profunda pena con que ha sido acogida en Londrés por la colonia española la noticia de los desastres de Consuegra, Toledo y Almería, ha podido medirse por el expontáneo y unánime anhelo con que se ha apresurado á demostrar su deseo de aliviar tan horrorosa catástrofe.

La suscricion que apareció en el *Times* encabezada por nuestro querido y respetado embajador, ha dado los resultados que era de esperar.

Con las mil pesetas entregadas ayer por Sarasate ha rebasado ya la suscricion la cifra de tres mil libras, cifra que esperamos ha de elevarse aún bastante, porque los esfuerzos para conseguirlo no cesan, como habrán ustedes podido ver por los telegramas diarios enviados á la prensa por los corresponsales en esta metrópoli de la de esa.

Por imposibilidad absoluta no ha dado Sarasate un concierto, como hubiera sido su deseo hacerlo, como en Berlin cuando las inundaciones de Murcia se apresuró á dar uno que produjo veintidos mil marcos. Pero esta vez no ha sido posible, pues desde el 22 de setiembre al 15 de diciembre está comprometido á dar 52 conciertos entre Londres y las provincias. Si en vez de esto hubiera sido durante la *season*, puedo asegurar que el resultado hubiera superado al de Berlin.

Anuncié á ustedes por telegrama que me habia entregado nuestro eminente compatriota mil pesetas y que enviaria el cheque por correo; pero he preferido entregárselas á nuestro cónsul en esta, Sr. Montejo.

La suscricion de Cardiff será de las más notables, pues la activa con gran celo el consul de España en aquel puerto y nuestro compatriota el Sr. Jugo. Si el marqués de Butte, maire de Cardiff, cuya caridad es proverbial, no defrauda las esperanzas que en él tienen todos depositadas. su donativo no bajará de mil libras.

¡Dios quiera que nuevos desastres no vengan á entristecer nuestro ánimo, ya bastante abatido por efecto de las ocurridas!

B. DE OYA.

Londres 21 de setiembre de 1891.

LIBROS NUEVOS

La Nueva Revista internacional, Les matinées espagnoles, que dirije en París la señora de Rute, ha repartido el número correspondiente al 15 de setiembre con trabajos de los Sres. Portier d'Arc, Daniel Bellet, Mario Bertaux, Soler, Jacques Fréhel, Marius Bernard, Mme. Rattazzi, Tola Dorían, Henry d'Erville, Ernest Desmarest, Tutti, A. Montreux, I. Blot, sir Durimont, Flox y Stéphen Liégeard.

La Granota, semanario festivo de Alicante, ha publicado un precioso suplemento con los dibujos y composiciones que fueron premiadas en el certámen abierto por dicha amena revista.

Con el título de **Nuevos tratamientos de la tuberculosis** acaba de publicar el doctor Castello una obra, en la que constan los últimos trabajos sobre el asunto, espuestos en el Congreso para el estudio de la tuberculosis celebrado recientemente en Paris y los principales métodos de Koch, Picot, Liebreich, Lannelongue y otros. La justa reputacion del doctor Castello y la índole tan interesante del asunto que trata, garantizan el éxito de esta obra.

Diez y siete volúmenes lleva publicados de sus **Conferencias culinarias** nuestro buen amigo D. Angel Muro, desde abril del año próximo pasado en que dió comienzo á tan curiosa é interesante série. El que acaba de repartirse, correspondiente al mes de agosto, es tan ameno é interesante como los anteriores, llamando en élcon especialidad la atencion el artículo sobre las legumbres.

Acaba de publicarse un libro de útiles y notables autógrafos alemanes debido á D. Manuel Chenel, distinguido profesor de la cátedra libre de aleman en la escuela oficial de Comercio de Málaga.

Los ejercicios metódicos de escritura de que va precedida esta obra y la notabilísima variedad de caracteres con que están escritos los escogidos trozos de literatura de su contesto, ordenados de tal modo que, gradual é imperceptiblemente va pasandose de los de estilo corriente al elevado, y de los de caracteres claros á los confusos, hacen de ella un libro curioso que ha de prestar excelentes servicios al estudio del aleman; puesto que satisface tres fines muy importantes: conseguir escribir dicho idioma con letra clara y elegante, descifrar y leer todos los tipos imaginables de su escritura y ejercitar en la traduccion de temas de diversos géneros literarios.

Merece plácemes el Sr. Chenel por la publicacion de su notable obra, muy útil para cuantos estudien la hermosa lengua alemana.

Lecciones de lengua castellana, para uso de los alumnos de segunda enseñanza, por D. Francisco Jimenez Lomas.—Madrid, 1891.

El distinguido doctor D. Francisco Jimenez Lomas, catedrático del Instituto de Málaga y director que fué del de Huelva, ha prestado un buen servicio con la publicacion de este libro, en el que se aparta con acertado criterio de rutinarios procedimientos, para aceptar y difundir los de los Sres. Iparraguirre y Escriche y determinadas nomenclaturas del distinguido gramático Sr. Gomez Salazar. Obra es la del Sr. Jimenez Lomas que nace llamada á obtener muy justo éxito.

El Método práctico de pronunciacion francesa y traduccion, P. B. Borde, cuya tercera edicion acaba de publicar el ilustrado director de estudios del colegio de la Sociedad Francesa de esta córte, allana las infinitas dificultades de la fonética de dicha lengua, de tal modo, que el alumno las vence casi sin percibirlas, al propio tiempo que aprende la traduccion y se familiariza con las voces y los giros franceses.

La gran aceptacion que ha tenido en Madrid y en las demás provincias, demuestra claramente la necesidad de un libro de esta índole, que por otra parte no es incompatible con ningun texto cuyo objeto sea la enseñanza del francés.

Atendidos sus excelentes resultados, creemos que no tardará mucho en introducirse en todos los centros donde se enseña esta lengua, hoy complemento necesario de una educacion esmerada.

JEROGLIFICO

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Cada casa es un mundo.

2009 Ministerio de Cultura